

# ESTUDIOS

REVISTA MENSUAL

AÑO I

Noviembre de 1932

N.º 3

Esta Revista publica las Conferencias mensuales  
— del Centro de Estudios Religiosos —

## INDICE

MARIA Y YO, por O. H. . . . .	1
EL MILAGRO Y LA CRITICA HISTORICA, Conferencia de don José María Cifuentes . . . . .	2
LA RELIGION DEL SENTIMIENTO, Conferencia de don Tomás Cox Méndez . . . . .	12
FUERA DE LA IGLESIA NO HAY SALVACION, por el Pbro. don Oscar Larson . . . . .	22
LA CRISTIANDAD MEDIOEVAL Y LA LIGA DE LAS NACIONES, por Joseph Lecler . . . . .	26
ASI PENSO GIOVANNI PAPINI . . . . .	35
NOTICIAS RELIGIOSAS . . . . .	36
BIBLIOGRAFIA . . . . .	41



Suscripción anual \$ 18.— Número suelto \$ 1.60.

**APARECIÓ:**

# **Profecías sobre el fin del mundo**

**ATRIBUIDAS A SAN MALAQUIAS**

Rogamos pedirlo luego antes que se agote.

PRECIO: { en Santiago . . . . . \$ 1.60  
          { en Provincias . . . . . \$ 1.80

**EDITORIAL ESTUDIOS**

Ahumada 360 - SANTIAGO - Casilla 2081

\*\*\*\*\*  
**EN PRENSA:**

# **El Alma de todo Apostolado**

por D. J. B. CHAUTARD,  
Abad de Siete Fuentes de la Orden Cisterciense.

Libro indispensable para todos los que quieren  
cooperar con eficiencia a la Acción Católica.

**EDITORIAL ESTUDIOS**

Ahumada 360 - SANTIAGO - Casilla 2081

## MARIA Y YO

*¡Mes de María! El primer mes de María en la vida de la Revista "Estudios". Otra pluma, más hábil que la mía, debía escribir el editorial de este número, pero circunstancias imprevistas de última hora nos obligaron a renunciar a este proyecto. Ahora bien, si la suerte así lo ha dispuesto, escribiré. ¿De qué? El tema está dado: María. Y como esta bondadosa Señora representa en mi vida un papel de singular importancia, escribiré como la conocí y lo que Ella llegó a ser para mí.*

Cuando niño no conocí a María, pues nació en un hogar protestante. Tampoco supe lo que era amor materno, pues mi madre apenas tuvo tiempo para depositar un beso en la frente del recién nacido y ya debía partir de este valle de lágrimas rumbo a la eternidad. En otra ocasión (Revista Católica N.º 480-Agosto 1921), publiqué un relato de mi camino de Protestantismo al Catolicismo. Hoy contaré en muy pocas palabras, algunos momentos de mi vida, momentos de gracia y como dejé de ser huérfano.

Al pensar en María, un dulcísimo recuerdo surge delante de mi alma: la falda de una montaña, al fondo el verde oscuro de pinos seculares, más hacia el valle extensos prados con flores, muchas flores de variados colores: rojas amapolas, azules centauras, blancas margaritas. En un rincón donde se interna el prado en el bosque, se ve, ya medio escondido entre los pinos, una capilla. ¡Qué paz tan divina, qué quietud tan festiva en aquel rincón del mundo! Todavía casi un niño estoy allí, de rodillas en un escaño delante del altar mirando el hermoso cuadro de María, Nuestra Señora de La Salette. No estoy solo: algunas campesinas rezan su rosario, pero calladitas, para no perturbar la tranquilidad del santo lugar. Apenas se oye de cuando en cuando un suspiro y el leve ruido de los rosarios que se deslizan entre las manos; de las devotas y de fuera penetra a mis oídos el murmullo de un arroyo y los trinos de una alondra.

Yo miré a María y supe que ya tenía madre; mi orfandad había terminado. ¡Ave María! ¿Cómo? no lo podría explicar. Todo lo hizo la gracia; tal como lo describe Don Tomás Cox Méndez en su hermosa conferencia que honra las páginas de esta misma revista. Era el sentimiento que me había revelado que existía un regazo en el cual podría refugiarme en adelante, que había un corazón, latiendo por mí en cariño maternal. El sentimiento me abrió las puertas, aunque en lo demás no me dejó lazos de sangre y de especial afecto, me escribió después de mi conversión: "No finjas sentimientos que antes nunca tuviste" y de mi parte pude contestar, que la religión no era para mí cuestión de sentimiento sino de razonamiento y de voluntad.

Cuando salí de la capilla, una fresca brisa se había levantado; a su paso se inclinaron las flores del campo como si quisieran saludar a Nuestra Señora y los pinos del bosque, en un murmullo unísono con el arroyo, parecían decir sin cesar: ¡Tota pulchra es María!

¡Sí, María es hermosa, soberanamente hermosa y tan buena!

# El milagro y la crítica histórica

*Conferencia de D. José María Cifuentes*

*en el Teatro Miraflores el 29 de Julio de 1932*

“La revolución por medio de la cual pasaron las más nobles porciones de la humanidad, de las antiguas religiones comprendidas bajo el vago nombre de paganismo, a una religión fundada sobre la unidad divina, la Trinidad y la Encarnación del Hijo de Dios, es el acontecimiento capital de la historia del mundo”.

Con estas palabras inicia su “Vida de Jesús, Ernesto Renán: y, como es natural, “el acontecimiento capital de la historia del mundo”, continúa siendo el objeto de las más nobles preocupaciones del espíritu humano, y la vida de Jesús, la vida del autor de esa revolución que supo llevarla a cabo, según la hermosa expresión del Marqués de Valdegamas “sin derramar más sangre que la suya”, sigue siendo materia de las investigaciones más profundas y de las controversias más apasionadas de la crítica histórica.

Todo en la vida de Jesús es de un interés supremo. No hay una palabra suya, no hay una acción, no hay un gesto de cuantos ha recogido, con piadosa veneración el Evangelio, que no se haya estudiado, discutido, explicado, sometido a todos los análisis, a la luz de todas las ciencias que se relacionan con la exégesis.

Pero hay en estos estudios una cuestión previa que dilucidar y su exposición será el tema de la presente conferencia.

La historia de Jesús no es una historia como todas las demás. En ella se nos habla de milagros y de profecías, y estos elementos introducen en nuestros estudios un problema singular, materia de la controversia más implacable entre el racionalismo y la ortodoxia católica.

El racionalismo, que no perdona por cierto, sus críticas a la parte simplemente didáctica del Evangelio; que tampoco las economiza en todo lo que se relaciona con la fundación de la Iglesia; parece, sin embargo, haber reservado para las profecías y los milagros, todas sus armas de combate y muy en especial la del desdén. Finge relegar a éstos y a aquellas fuera de la órbita de la crítica histórica, como elementos extraños a to-

da investigación, como materia que a lo más interesa a la psicología de las creencias, a la génesis de los mitos y a la historia literaria y artística, de la cual no podrían excluirse—ésta es su concesión más benévola—relatos que han venido inspirando las más bellas creaciones de las artes y de la fantasía humana, durante veinte siglos.

¿Por qué aparecen allí, en los Evangelios, esas narraciones candorosas? Pero, ante todo, ¿es que aparecen verdaderamente en ellos? ¿No son interpolaciones posteriores inventadas por la piedad y el entusiasmo de los fieles? Y si éstos no los han intercalado; si efectivamente forman parte de los relatos evangélicos ¿qué explicación—excluida toda explicación sobrenatural—pueden tener?

Estas son las dificultades que viene suscitando la crítica racionalista, desde los remotos tiempos de Celso. Y no creamos que con mayor novedad, desde aquel entonces.

Claro está que en la base de toda esta polémica hay una cuestión de crítica interna que es necesario despejar previamente.

Decir que ésta es una cuestión simplemente histórica, en el sentido de que baste para resolverla la crítica externa de los documentos, es inaceptable.

Si un buen historiador, ordinariamente muy bien informado y muy verídico nos refiriese que en tal época, tal matemático descubrió la cuadratura del círculo y que sus demostraciones se perdieron, deberíamos pensar que, por esta vez, ese historiador no estuvo bien informado.

¿Acaso podríamos prestarle fe, ateniéndonos a las mejores seguridades de la crítica externa?—No. La crítica interna nos excusa de ese trabajo diciéndonos sencillamente que ha afirmado algo imposible: algo cuya imposibilidad está matemáticamente demostrada. Y basta.

Del mismo modo es evidente que si la Filosofía—o sea la expresión más excelsa de la razón—lograse demostrar la imposibilidad del mi-

lagro, inútil sería que el mejor informado, el más fidedigno de los historiadores nos refiriese un hecho milagroso. Deberíamos confesar que ese historiador había dado una muestra de la falibilidad de las informaciones humanas.

Pero es el caso que el Racionalismo para aplicar esa negación a los milagros, da por sentado lo que precisamente estaría obligado a demostrar; coloca como fundamento de su crítica *positiva*, el más apriorístico y el menos aceptable de los postulados: lo sobrenatural no existe, porque no puede existir; luego, si los historiadores nos dicen lo contrario, los historiadores se equivocan o faltan a la verdad; y si los mismos sentidos nos advierten algo incompatible con ese dogma, los sentidos son los que se engañan.

Leamos la siguiente página de Ernesto Havet, uno de los pontífices de la Historia Racionalista del Cristianismo, página publicada en la Revista de Ambos Mundos del 1.º de Abril de 1881:

“La primera obligación que nos impone el principio racionalista, que es el fundamento de toda crítica, es apartar de la vida de Jesús lo sobrenatural. Esto arrastra de un solo golpe en los Evangelios lo que llamamos milagros. Paralíticos, leprosos instantáneamente curados, sordos, mudos, ciegos de nacimiento que recobran súbitamente el oído, la palabra o la vista, por un contacto o por una palabra de Jesús, es claro que no hay en ésto ninguna realidad. No solamente Jesús no ha hecho nada de parecido, sino que yo agrego atrevidamente que esto no se ha podido creer durante su vida. No es sino a la distancia y largo tiempo después, cuando se han imaginado semejantes cosas. Cuando la crítica rehusa creer en relatos de milagros, ella no necesita aducir pruebas en apoyo de su negación: lo que se refiere es falso, simplemente porque se refiere lo que no ha podido ser”.

En el fondo dice lo mismo Harnack, con las siguientes palabras “El historiador no puede dar al milagro el valor de un hecho históricamente cierto; porque esto sería destruir el criterio en que se apoya toda investigación histórica, pues cualquier milagro en particular es históricamente dudoso del todo y de la suma de lo dudoso nunca resulta la certeza”.

En otra ocasión he recordado la frase de Er-

nesto Renán, en el último capítulo de su obra “Los orígenes del Cristianismo”: “La Negación de lo sobrenatural es ya un dogma absoluto para todo espíritu cultivado”.

Naturalmente el cándido lector que esto vé por sus ojos en una obra de Renán, se apresura a colocarse entre los espíritus cultivados y acepta ese dogma sin exámen, antes de que por el hecho de ponerlo en duda, se vaya también a dudar del cultivo de su espíritu.

Llamemos, a cien sabios de los que mejor han cultivado la ciencia, de los que más han honrado a la Humanidad.

Entre ellos figurarán sin duda alguna San Agustín y Santo Tomás de Aquino, Newton y Bacon, Galileo y Copérnico, Descartes y Leibnitz, Pascal y Linneo, Cuvier y Lavoissier, Lerverrier y Cauchy, Pasteur y Lapparent.

Seguid eligiendo. Reuniréis decenas de estos nombres ilustres de grandes sabios, de espíritus superiormente cultivados que han creído en lo sobrenatural.

Luego, por lo menos, la inexistencia, la imposibilidad de lo sobrenatural no pueden ser un dogma científico.

No me contestéis que si no lo fueron hasta ahora, lo serán más tarde. Se trata de una cuestión filosófica. Para concretar, se trata de la existencia de un Dios personal y de la posibilidad de su acción directa en el mundo visible. Esta es una cuestión de razón pura que se debate en las regiones de la Filosofía especulativa. El progreso científico no aporta luces al problema.

Y bien: basta citar los nombres que he citado para probar que la inexistencia de Dios; que la imposibilidad de lo sobrenatural, como ya lo dijimos, no puede ser un dogma científico.

Si os agrada, podremos seguir discutiendo acerca de esa imposibilidad y de esa inexistencia; pero no sobre la ridícula base de que ambas sean un postulado de la ciencia.

Y si esa negación no es dogma ni postulado, tendremos el derecho de creer en lo que aquellos sabios creyeron, cuando hay tan sólidas razones que lo abonan y mucho más cuando existen hechos que lo patentizan.

Procuraremos exponer los argumentos de razón, y estudiar los hechos que llamamos mila-

gros. Por ambos caminos llegaremos a la conclusión de que lo sobrenatural existe, de que hay un Dios infinitamente sabio y poderoso que habiendo creado el universo, y en el universo a la Humanidad, concede a ésta luces especiales para que se eleve a su mejor conocimiento.

Los argumentos de razón nos harán ver la posibilidad y la conveniencia del milagro y luego la certidumbre histórica del milagro—posible y conveniente—vendrá a confirmar las conclusiones de la razón.

Como la Filosofía conduce a Dios—como precisamente, según la expresión de Bacon, mucha filosofía conduce a Dios—los incrédulos y los ateos se han vuelto contra la filosofía y desdeñosamente miran a ésta, que es la base y la luz de todas las ciencias, como una antigualla, como un conjunto de elucubraciones más o menos inútiles, sin otro interés que el de una mera curiosidad o a lo más el de una buena gimnasia intelectual.

Elevarse por medio de la razón, del conocimiento de los fenómenos a la investigación de las causas... ¡eso estaría bueno como entretenimiento de los frailes en los monasterios de la Edad Media! Hoy sólo nos interesan los fenómenos mismos y sus inmediatos efectos.

Para estos ciegos partidarios del Positivismo, está muy bien que los ojos sensibles, se apoderen del telescopio para sondear los abismos del espacio; pero no está bien que ese otro elemento, inmensamente superior a los sentidos; que es precisamente el elemento específico de nuestro ser intelectual y que se llama razón, se lance todavía más allá, complete los conocimientos experimentales y logre demostrar la existencia de algo que solo vemos en sus efectos; pero que necesariamente existe y que por estar más alto que la naturaleza visible y tangible, llamamos sobrenatural.

¿Acaso no hay verdades que escapan a la experimentación; que sólo poseemos por la razón y de las cuales, sin embargo, no podemos dudar?

Observemos a un ciego de nacimiento: jamás podrá comprender ni imaginar qué cosa sea la luz. Pero su razón le advierte, a poco que discurra sobre los medios por los cuales llegan hasta él los alimentos y el vestido, que otros seres que le rodean están dotados de otro sentido y co-

nocen y utilizan otro elemento diverso de todo lo que él conoce por su experiencia sensible.

El testimonio ajeno, controlado por su razón, lo lleva al convencimiento de la existencia de algo que sus sentidos no pueden alcanzar, que su imaginación no puede concebir, pero que no por eso deja de tener la más indiscutible realidad.

Pues bien: vamos a demostrar que el ciego no está más razonablemente cierto de que existe la luz, que lo que estamos nosotros, de que existe Dios.

No obstante, cuando percibimos lo sobrenatural por medio de la razón, los positivistas nos dicen: idealismos; quimeras de la mente.

Y cuando algún ser afortunado tiene el insignie privilegio de percibir lo sobrenatural por medio de los sentidos, los positivistas exclaman: ilusiones; quimeras de los sentidos.

Nada es prueba para ellos: los argumentos de razón porque escapan a la experimentación; los hechos, porque no están conformes con el dogma positivista. Cómoda posición y tan inaccesible como la del escéptico absoluto, a quien habría que comenzar por convencer de su propia existencia.

Filosóficamente la cuestión se reduce a demostrar la existencia de un Dios creador del Universo, porque si Dios existe, sería caer en contradicción, crearlo, por una parte, autor de todo lo creado y suponerlo, por otra, incapaz de producir la más leve alteración en la naturaleza.

El análisis filosófico—previo al estudio histórico de los milagros—me va llevando lejos. Yo lo veo; pero no lo puedo eludir. A lo menos en términos generales deberé referirme a estas cuestiones fundamentales de la Teodicea, para abrir el camino a la verdad histórica; para desmentir aquella crítica negativa, que a fin de sacudir cómodamente el testimonio de los historiadores evangélicos que acredita los milagros de Jesús, nos afirma, sobre la autoridad de sus palabras, que lo sobrenatural no existe porque no puede existir.

Claro está que sería suficiente referirnos a cualquiera de las numerosísimas obras ya de carácter elemental, ya de carácter magistral, que estudian los problemas relacionados con la exis-

tencia y con los atributos de Dios. Pero nuestra conferencia debe ser en lo posible completa y no podemos adelantar sólidamente en el problema de la historia de Jesús, si no dejamos dilucidada la cuestión primordial para la credibilidad de los Evangelios.

Por otra parte, vivimos en tiempos tales, que en ellos vemos organizarse ligas para propagar el ateísmo y aunque es de esperar que sus adherentes alcancen a contarse dentro del número normal de alienados que hay en toda población, también es cierto que semejante desaffo a la sensatez y a las creencias de la casi totalidad del país, no lo habíamos visto en el pasado.

---

No puede haber novedad en una argumentación que sin duda ha progresado poco—asi es de inamovible—desde que los primeros hombres fijaron su atención en el espectáculo maravilloso del universo, comenzando por los fenómenos del organismo humano, de nuestra propia vida, de nuestro propio pensamiento, hasta elevarse a la contemplación de aquellos espacios insondables que hacían exclamar hace 30 siglos, al rey profeta "*Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manum ejus annunciat firmamentum*"

Más que la existencia misma de los seres, es su ordenado y prodigioso movimiento, son las leyes sorprendentes que los rigen, lo que nos da testimonio irrecusable del Legislador infinitamente sabio y poderoso: del Primer Motor que ha puesto en marcha la máquina del universo.

Pero si además pensamos en la naturaleza de esos seres, de todos los seres que conocemos, y cuya forma actual estamos ciertos de que alguna vez ha aparecido y de que alguna vez puede cambiar y desaparecer, si pensamos en su naturaleza limitada y contingente, y, si queremos indagar el origen de esos seres, cuya totalización constituye el Universo, la razón deberá decidirse entre estas explicaciones:

O bien el Universo carece de causa o ha sido causa de sí mismo, o ha sido efecto del azar.

O bien tiene una causa adecuada que lo ha producido y ordenado, una causa de todas las causas y de todos los efectos que conocemos, una Causa Primera que llamamos Dios.

Las tres primeras explicaciones se reducen a una: la negación del principio de causalidad.

Pero este principio sí que es un postulado para nuestra razón.

Nuestra razón es el mecanismo de que disponemos para adquirir la verdad. Este mecanismo descansa en ciertos ejes o puntos de apoyo, sin los cuales no puede funcionar—a no ser en el plano de la locura. Uno de ellos es el principio de causalidad: no hay efecto sin una causa adecuada que lo produzca.

Todo lo que repugne a este principio, repugna a la razón.

Nuestra razón exige para los seres del universo una causa, soberanamente poderosa y soberanamente inteligente que los haya producido, ordenado, puesto en movimiento, que los haya dotado, si así se quiere, de ese mismo principio o fuerza evolutiva que tanto atrae las preferencias de los materialistas.

Si os place, venid a afirmar que Dios no existe, pero antes cambiad el mecanismo de nuestra razón, porque mientras ella continúe funcionando sobre la base del principio de causalidad, continuará exigiendo una causa *adecuada* para las maravillas del Universo.

Pero se dirá ¿por qué ha de estar sujeto el universo a las exigencias de nuestro mecanismo mental? ¿No se podría concebir un orden real, distinto del que concibe nuestra razón?

Nuestra razón no inventa las verdades: se limita a descubrirlas. Si por defectos de su estructura las descubriese mal; si fuese un espejo que en vez de reflejarlas, de tal modo las deformase que fuese para nosotros, verdadero lo que en realidad es falso, el caso sería grave y alarmante ¿pero cómo podríamos siquiera averiguarlo? Y en todo caso, si para eludir el contrasentido y el absurdo del ateísmo es necesario recurrir a la suposición de que la razón no nos da la certidumbre de nada, entonces parece que fuera más lógico renunciar precisamente a la única fuente de verdad que reconoce el racionalismo.

Pero entrar por esta clase de elucubraciones equivale a abandonar el plano del sentido común y pasar de lleno al plano de la fantasía, y más que eso, al plano de la locura.

La naturaleza de nuestra razón tiene también otra exigencia que se adiciona a la anterior para hacernos más clara y más patente la necesidad de la existencia de Dios: es la finalidad del Universo.

Repugna, en efecto, a la razón que el Universo, que la Humanidad, en su desarrollo secular, carezca de una finalidad, de una finalidad perceptible para esa misma razón. Que todo lo existente siga un proceso casual, una marcha ciega sin rumbo ni objetivo, cuyo término será el aniquilamiento en alguna catástrofe sideral, después de muchos siglos de una evolución esporádica hacia el caos, de donde salió: la razón no concibe este proceso. Una nebulosa que se condensa; soles que se forman, planetas que se desprenden y que giran, la vida que nace, por último el hombre que aparece en la procesión de los seres, todo ésto, por una de esas casualidades estupendas, más inexplicables que todos los misterios.

Empujad hacia atrás la aparición del hombre sobre la Tierra. Si no os satisfacen los 30 o 40 mil años que calculan algunos sabios, podéis duplicar esas cifras. Pero en una época ha aparecido este ser dotado de pensamiento y de conciencia que ha sido el primer eslabón de la Humanidad.

Y desde entonces, por miles de años la Humanidad ha seguido su marcha fatigosa contando sus sufrimientos, acaso por las horas de su existencia, subiendo trabajosamente por el camino de la civilización, luchando contra todo género de dificultades y renovándose diariamente por la extinción de unos seres y el nacimiento de otros.

En esa carrera ¡cuántos sacrificios, cuántas abnegaciones que han culminado en el heroísmo y en la santidad! y todo esto ¿para qué? Todo esto sin sentido alguno. Sacrificio, abnegación, heroísmo, santidad... productos iguales al azúcar y al vitriolo—la frase es de un positivista. Si nada de eso tiene una finalidad superior, no sé en qué se distinga de la imbecilidad absoluta.

El universo sin finalidad y sin causa primera es algo más que un misterio, es un contrasentido, es un absurdo. Enunciarlo es renunciar a toda explicación, es proclamar la banarrota de

la misma razón que se trata de exaltar, del ídolo del racionalismo, es confesar que el instrumento de todo su sistema no sirve para descifrar el único enigma que interesa verdaderamente al hombre sobre la tierra.

---

Todavía más: supongamos que estemos en presencia de dos hipótesis para explicar los enigmas del Universo: la hipótesis materialista y atea que sólo nos habla de fenómenos sensibles, y la hipótesis espiritualista que, hablándonos también de ellos, nos habla además de la causa primera, del plan divino, de lo sobrenatural; de cosas que ciertamente no descubre el microscopio ni el espectroscopio, ni el análisis químico, sino que descubre la razón.

Desde luego: la hipótesis materialista. ¿Es la más clara? ¿Es la menos misteriosa? ¿Puede presumir de hablar un lenguaje científico y positivo el materialista que nos explica los orígenes del Universo diciéndonos que la materia es eterna? ¿Será más explícito cuando nos habla de una sucesión infinita de causas y de efectos, producida en una serie infinita de siglos? ¿Se da cuenta de todas las suposiciones—gratuitas, ininteligibles y hasta contradictorias—que esos términos envuelven? La verdad es que su explicación no explica nada, que antes bien, oscurece totalmente el problema de los orígenes y que ni aún descarta la necesidad de una causa que habría debido obrar en esa misma eternidad, para dar a la materia la ordenación sapientísima que revelan las leyes que la rigen; una causa que presidiera sus transformaciones, nunca más inexplicables que cuando se suponen producidas por una fuerza ciega que participaría de algunos de los caracteres de la divinidad, mezclados a la más absoluta inconsciencia, por una causa infinitamente más inconcebible que el Ser Supremo y perfecto de la doctrina espiritualista.

Pero, además, la hipótesis materialista no nos descifra el enigma moral del Universo. Al contrario, lo convierte en un problema de reacciones químicas o en una ecuación de fuerzas, cuyas fórmulas ignora en absoluto, pero que—simplemente supuestas—sirven para anular los conceptos del bien y del mal, para justificar todos los



extravíos y hasta para aconsejar el simple obediencia a los instintos.

¿Sanciones futuras? ¿Restablecimiento del equilibrio moral por los premios y castigos del más allá? Nada de eso. Si tal cosa no puede establecerse por experimentos de laboratorio.

Así la hipótesis materialista es la más oscura y al mismo tiempo la más funesta. Conduce a la simple negación, a la negación gratuita de todo lo que no cae en el campo de la experimentación y aun diremos, de la experimentación netamente materialista.

En cambio la hipótesis—empleo esta palabra para no abandonar el terreno común en que hemos querido colocarnos—la hipótesis espiritualista, la doctrina del creacionismo divino ¡qué congruente con la razón! ¡Cómo nos da la explicación integral y armónica de los enigmas del Universo!

Hipótesis por hipótesis, si ésta no tuviera en su favor los postulados más obvios de la razón, si solo fuera una hipótesis, el espíritu científico debería llevarnos a preferirla sobre la otra por su amplitud explicativa, por su perfecta adaptación a la solución completa del problema humano.

Pero basada en aquellos postulados, basada en el principio de causalidad y en el concepto de finalidad,—verdaderos imperativos de la razón—ella nos convence de que lo sobrenatural no sólo es posible sino que existe en forma ineluctable y con esa evidencia racional que equivale y aun supera a todos los testimonios de los sentidos.

Si, además, esos testimonios se presentan, natural es que los examinemos a la luz de la crítica más exigente; pero ya hemos visto que no podremos rechazarlos *a priori*. Si se presentan acompañados de todos los caracteres que acreditan su realidad, ellos vendrán a confirmar nuestros argumentos de razón.

Por eso la actitud más positiva, más científica en presencia de esos hechos prodigiosos que llamamos milagros, es la de examinarlos serenamente, concienzudamente, hasta ver si, en efecto, responden a las muchas y graves condiciones que se exigen para calificarlos de tales.

La menos científica de las actitudes sería la de rechazarlos en nombre de un dogma de nue-

vo cuño que pugna con los más claros principios de la filosofía natural y con los más nobles ideales del corazón; dogma que ciertamente no han acatado los más grandes sabios que han honrado a la humanidad.

He invocado anteriormente muchos de sus nombres, no para probar mi tesis—vuelvo a repetirlo—sino para desmentir la contraria, cuando pretende ganar prosélitos, dando como doctrina científica inamovible la negación de lo sobrenatural, con una audacia que la simple exhibición de aquellos nombres pone en evidencia. Pero como tal vez no faltan quienes piensen que esos sabios de primera línea, si hubiesen alcanzado los tiempos luminosos que vivimos, habrían cambiado de parecer, quiero recordar la figura del gran astrónomo francés, Director durante largos años del Observatorio de París, Guillermo Bigourdan, cuya noble existencia acaba de extinguirse hace apenas algunos meses; tan ilustre sabio como ferviente católico, de quien son estas bellas palabras, pronunciadas junto a la tumba de Henry Poincaré: “Yo no os digo adios, sino, hasta que volvamos a vernos, en ese más allá, que la razón entrevé, que el corazón adivina y donde la paz ha sido prometida a los hombres de buena voluntad”.

Y si os parece que la opinión de un sabio astrónomo no es bastante calificada para recordarla en una polémica filosófica, permitidme entonces agregar la del más ilustre de los filósofos franceses contemporáneos, uno de esos raros sabios universales, cuya autoridad nadie discute. Me refiero a Henry Bergson y a su última obra “Las dos fuentes de la moral y de la religión” en la cual podemos encontrar no sólo la afirmación teísta más categórica, sino una verdadera mística de las relaciones del alma con Dios y acaso algo más, porque sus reflexiones acerca del cristianismo no son de aquellas que se escapan a la admiración de un indiferente, sino de aquellas que revelan un estado de espíritu que verdaderamente anuncia la aceptación integral de la creencia cristiana.

Si Dios existe, si un Ser infinitamente sabio y poderoso es el autor de las maravillas del Universo ¿cómo negar la posibilidad del milagro? ¿Le concederíamos el poder de dictar las leyes

generales y le negáramos el poder de suspenderlas en un caso particular?

Pero si no se niega a Dios el poder de obrar milagros suele negarse que los obre, por varias razones que se juzgan plenas de circunspección y de criterio.

A juicio de estos intérpretes del plan divino no es digno de Dios estar suspendiendo las leyes sapientísimas que ha dictado, ni menos hacerlo en favor o por las súplicas de una creatura.

Estos piadosos celadores de la dignidad de Dios parecen imaginarse que Dios procede lo mismo que los hombres. Ignorante—por ejemplo—de que una creatura había de pedirle un milagro cuando lo supo resolvió alterar su plan y contradecir las leyes por El establecidas.

¡PERO NO!! Desde toda eternidad, en un perpetuo e inalterable presente, Dios escucha la súplica de la creatura, ve sus necesidades y le concede favores insignes: no después sino simultáneamente con el designio de la Creación, con la promulgación de las leyes que la rigen, y con el establecimiento del plan providencial que ha de cumplirse.

El milagro, más que la excepción de una ley, es el cumplimiento de una ley más alta, más amplia, que abarca todas las leyes y todas las excepciones; de una ley que contempla todos los casos, los ordinarios que son millones de millones y los extraordinarios que, no por ser muy raros, dejan de contribuir a la armonía suprema de la Creación.

El milagro en el mundo moral no es un hecho inarmónico que rompa la ordenación maravillosa de los sucesos providenciales: es precisamente la más espléndida manifestación de esa Providencia, que habría sido bien incapaz—semejante en ello al Hado de la Mitología—si no hubiese podido disponer a su arbitrio de la naturaleza física para obtener efectos sorprendentes y consoladores en el mundo moral.

Si Dios, después de haber creado al hombre libre, lo hubiese abandonado enteramente a todos los delirios de su razón y de su voluntad; si no hubiese seguido sosteniéndolo, guiándolo, concediéndole, a veces, luces superiores, capaces de advertirle la magnitud de sus extravíos... podríamos creer que la humanidad era la obra de su poder; pero no que fuese la obra de su

bondad y de su amor. Y esta idea sería incompatible con la naturaleza misma del Sér, en quien hemos reconocido la causa y el origen de toda perfección.

Algunos hay que sin afirmar, ni negar la misión divina de Jesús, niegan la realidad histórica de los hechos milagrosos, no como imposibles sino como inverosímiles, porque creen que Jesús, en caso de ser Dios, no habría necesitado valerse de ellos para atestiguar su divinidad.

No obstante, si bien se piensa ¿qué otro medio más adecuado y razonable podríamos concebir, en testimonio de esa divinidad? Por sublimes que fueran sus doctrinas; por indiscutible que fuera su santidad, ni ésta ni aquellas habrían bastado para que sus discípulos aceptasen plenamente la divinidad de su persona. ¿Qué habría podido argüir para demostrarla, si no era la ostentación de los atributos divinos y del más sorprendente de todos ellos: la Omnipotencia?

Me diréis que podría haber concedido al espíritu de sus oyentes una iluminación especial; que podría haber tocado sus corazones a fin de que, sin necesidad de que hubiesen presenciado prodigios visibles, hubiesen asentido a las declaraciones de Jesús sobre su misión y su naturaleza. Pero eso también habría sido un hecho sobrenatural y el más indiscernible de todos.

Y aquí llego a un argumento que tiene a mi modo de ver incontestable valor.

Se comprende que muchos hombres sigan a otro, arrastrados por su elocuencia, por su heroísmo, por su santidad, quizás por sus promesas y hasta por sus engaños.

Se comprende que lo sigan, que lo escuchen, que lo defiendan y hasta que se sacrifiquen por él; pero que si afirma que es Dios, se lo crean por sólo su palabra... esto es imposible. Ni aún la gente más sencilla lleva su credulidad hasta ese extremo y sabemos bien que entre los oyentes de Jesús había personas de indiscutible criterio como Mateo y como Juan, a quienes conocemos por sus escritos, como los demás apóstoles, de quienes sabemos que fueron los primeros en evangelizar al mundo y en acreditar la fe que predicaban con el testimonio por excelencia que es el martirio.

Esos hombres no habrían podido estar con-

vencidos de tal modo de la divinidad de Jesucristo si no hubieran presenciado sus milagros.

Juzguemos por nosotros mismos, si nos hubiésemos hallado en su lugar. Juzguemos por lo que nosotros pensaríamos si mañana el más santo de los hombres que conocemos nos dijera, no ya que era hijo de Dios, pero que era su enviado, que había recibido y debía cumplir una misión sobrenatural. Es posible que comenzáramos a lamentar que hombre tan excelente hubiese perdido el juicio. Pero si ese hombre delante de nosotros hiciese salir del sepulcro a uno de esos seres queridos que han expirado en nuestros brazos y que hemos conducido personalmente hasta la tumba, con nuestro corazón desgarrado por la más dolorosa de las convicciones, la de que esa separación no tiene remedio ni vuelta en esta vida, ¡ah! entonces, sí; pero sólo entonces cambiaríamos radicalmente de opinión y exclamaríamos con las palabras de la Escritura: "Digitus Dei est hic".

Si la filosofía religiosa nos conduce a aceptar la posibilidad y la conveniencia del milagro, queda por averiguar si el milagro es discernible por la razón humana.

Pero basta pensar que si no lo fuese carecería de objeto. Precisamente su finalidad probatoria exige su discernibilidad.

Y aquí debo tocar un punto que es muy conveniente esclarecer, sobre todo cuando se trata de los milagros históricos del Evangelio.

Para que el milagro pueda ser tenido como tal no basta la comprobación del hecho y de su imposibilidad natural. La Iglesia con toda razón exige muchas otras condiciones, relacionadas unas con la naturaleza misma del hecho—ellas han obligado, por ejemplo, a rechazar algunos relatos de los evangelios apócrifos—otras con la doctrina cuya verdad estaría destinada a confirmar.

Porque milagros aparentes puede haber, que no sean la obra de Dios. Del mismo modo que puede haber milagros *reales* y que sin embargo no puedan ser declarados como tales por no aparecer del todo esclarecidas aquellas condiciones y, en especial, su finalidad.

La Iglesia, que procede en esto con una prudencia, acaso insospechada por sus adversarios,

es sumamente cauta en la declaración de los milagros. Exige pruebas tan fidedignas que verdaderamente serían un ejemplo para la más exigente de las críticas profanas.

Pero no puede tampoco exagerar las exigencias hasta llegar a la hiper-crítica que conduce al agnosticismo histórico y en último término al escepticismo absoluto.

Para los que conocen los procedimientos de la crítica histórica, sería, no hay duda de que ella conduce a resultados positivos.

Es claro que jamás podrá probarse un hecho histórico del mismo modo y por los mismos métodos con que se demuestra un teorema matemático. Pero tan científicamente seguros podemos estar de que el 5 de Abril de 1818 se dió una batalla entre el ejército chileno y el ejército español en que aquel resultó triunfante, como de que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma del cuadrado de los catetos. Los motivos de nuestra certidumbre serán diversos, pero no menores en el caso de la batalla de Maipú que en el caso del teorema geométrico.

Me diréis: "Pero la batalla de Maipú no tiene nada de inverosímil y en cambio la resurrección de un muerto...!"

La resurrección de un muerto no es un hecho verosímil. Estamos de acuerdo. Pero es un hecho posible para Dios y útil para su plan providencial.

Si la historia sólo registrase los sucesos verosímiles... y todavía los que parecieran verosímiles a ciertas inteligencias, regidas por una determinada Metafísica, deberíamos renunciar a la historia.

Sucesos absolutamente inverosímiles y rigurosamente históricos podríamos citar por centenares.

En esta misma tribuna se han expuesto no hace mucho los prodigios de Konnersreuth. Dejemos de mano los éxtasis y las visiones, las curaciones y los estigmas; pero decidme, señores, esto solo: ¿es verosímil que una persona no duerma desde hace cuatro años y no pruebe un bocado ni beba una gota desde hace cinco años y medio? ¿Es verosímil que una persona pierda frecuentemente hasta 8 libras de sangre y, por lo tanto, de peso, y dos días después las recupere sin comer ni beber nada? ¿No hay en esto una

verdadera creación de materia? ¿Qué verosimilitud tienen estos sucesos? Y sin embargo, no sólo son hechos posibles, sino que son hechos reales, comprobados por innumerables personas: por muchos hombres de ciencia. No avanzamos, por ahora, que estos hechos sean milagrosos: decimos simplemente que son absolutamente inverosímiles y rigurosamente históricos.

Uno de los hombres de ciencia, que, sin creerlos milagrosos, ha quedado ante ellos sorprendido, el Dr. Walter Kroner, en su obra "El Enigma de Konnersreuth", hace esta reflexión que me place aprovechar como síntesis de lo que vengo sosteniendo: "un solo hecho puede trastornar toda una concepción del mundo; pero jamás una teoría cualquiera podrá arrojar fuera del mundo un hecho netamente establecido".

Este es el lenguaje de un positivismo razonable.

Como decíamos, la resurrección de un muerto no es un hecho verosímil; pero es un hecho posible para Dios y útil para su plan providencial. Lo hemos explicado ya. Luego, si se realiza es materia susceptible de la investigación histórica y de la certidumbre histórica.

Claro que este no es un milagro frecuente, sino muy raro. Y si esta circunstancia es el motivo natural de su inverosimilitud; de ella misma se deriva su carácter inequívoco y su fuerza probatoria irredargüible como testimonio de lo sobrenatural, de lo divino.

Y aquí es oportuno hacer notar algo muy lógico que ocurre con la credibilidad de los milagros evangélicos. Es evidente que comparados uno a uno, ante la simple crítica histórica, hay algunos que aparecen mucho más comprobados que otros; pero precisamente el mejor comprobado de todos es el más estupendo de todos, la resurrección de Jesús.

Algún día estudiaremos este problema capital de la historia Evangélica, que hacía decir a San Pablo: "Si Jesucristo no resucitó vana es nuestra fe".

Pero no estará demás decir desde luego que sobre este hecho está de acuerdo el testimonio de los cuatro historiadores evangélicos y del apóstol de los gentiles. Este y dos de los evangelistas vieron con sus ojos a Jesús resucitado. Los otros dos, si no lo vieron así, tuvieron la informa-

ción de primera mano y de los relatos se infiere que las ocasiones de comprobar este milagro fueron numerosas y mucho más numerosos sus testigos presenciales, contándose entre ellos un adversario fanático y perseguidor como fué el mismo San Pablo y un positivista intransigente como resultó ser Santo Tomás.

La crítica racionalista, cegada por un falso principio filosófico, ha amontonado teoría sobre teoría para eludir la fuerza probatoria de los milagros evangélicos. Desde la suposición de que ellos han sido completamente inventados por Jesús y sus discípulos, a fin de sostener con tan indigna como pueril impostura la verdad de una doctrina—por otra parte reconocida como santa—hasta la aceptación de la realidad histórica de los hechos; pero negándoles su carácter sobrenatural e ideando para cada uno las más peregrinas explicaciones, que ordinariamente no tienen otro inconveniente que el de tergiversar en absoluto los sencillos y claros relatos de los evangelistas. Aún, acercándose a los confines de la ortodoxia, por uno de los más eminentes representantes de la teología protestante, Weiss, se ha llegado a aceptar una intervención directa de Dios, obtenida por la oración de Cristo.

Cuando se recorren todos estos sistemas va apoderándose del espíritu una invencible desconfianza en su valor crítico y en sus móviles verdaderos. Se advierte, en ellos, desde luego, la obsesión de la eliminación de lo sobrenatural, a todo precio, que sustituye a la investigación histórica, el prejuicio metafísico que los domina.

Por otra parte, las hipótesis van excluyéndose sucesivamente y aquellas audaces negaciones que hace dos siglos proponía Reimarus, nadie ya, ni los exégetas más hostiles al cristianismo las toman en cuenta seriamente, y aquellas explicaciones "míticas" que hace un siglo hicieron la boga de Strauss, tampoco merecen hoy el favor de la crítica racionalista, y por su parte las opiniones de los actuales representantes de esta crítica lejos de ofrecer el acuerdo que debería existir si fuesen realmente científicas, revelan tan profundas e irreducibles contradicciones, que cada vez resulta más apologetica la inanidad de los esfuerzos intentados para destruir algo que si hubiera sido

falso habría caído prontamente por su propio peso.

Las armas de la ciencia con las cuales se ha prometido mil veces eliminar del Evangelio toda sombra de lo sobrenatural, han servido para destruirse unas a otras sin conseguir ese fin, que parecía tan fácil de alcanzar.

Y ante esta comprobación que hacemos dos mil años después de la primera predicación apostólica, sentimos toda la fuerza de aquella sencilla y profunda observación, que hizo en aquel tiempo, el fariseo Gamaliel: "Si esta obra viene de los hombres, se desvanecerá; pero si viene de Dios no la podréis deshacer".

Resumamos, señores: el milagro es posible; es útil, es discernible; puede ser materia de la investigación histórica, de la crítica histórica, de la afirmación histórica.

La negación racionalista es el prejuicio más apriorístico y más anticientífico que se pueda imaginar. Ella incurre en una pueril petición de principio; porque estando precisamente en discusión la posibilidad de la alteración de las leyes naturales, se adelanta a negar el milagro en nombre de la imposibilidad presupuesta de dicha alteración.

Las leyes naturales son para nosotros inalterables... a menos que intervenga la acción de quien las estableció.

Para negar la posibilidad de esa acción es preciso negar la existencia de Dios y dar además alguna explicación positiva, no de meras suposiciones o fantasías, a los hechos prodigiosos que concurren con la razón a demostrarla.

Estos razonamientos abren el camino a nuestro estudio histórico de los milagros y de las profecías que nos refieren los Evangelios.

Podemos entrar en ese estudio con la conciencia de que nuestra crítica será incomparablemente más razonable y más positiva, que la de los

que entran en él resueltos a mutilar los textos y a fantasear explicaciones que permitan eliminar lo que sea incompatible con el prejuicio que los ciega.

Es evidente que roto el hielo de la negación, si el análisis de diferentes hechos nos acredita plenamente la presencia del elemento sobrenatural en la vida de Jesús estará allanada la comprensión de los demás hechos de su historia, y el conjunto de todos ellos, confrontado con la santidad de su conducta y de su doctrina, nos esclarecerá todo el problema.

Si siempre puede ejercitarse nuestra inteligencia con provecho en la adquisición de la verdad, nunca encontrará provecho comparable a la de estas verdades que nos acercan a la contemplación de la Verdad Suprema, la única que nos interesa, la única que nos consuela, la única que puede satisfacer la sed infinita del espíritu.

Y está bien que volvamos nuestros ojos y nuestro corazón a estas verdades, inmutables y consoladoras, en medio de las angustias y zozobras que hoy nos inspira el porvenir. La familia, la propiedad, la educación de nuestros hijos, la idea de la patria, la religión, todo lo que consideramos más fundamental y debiera ser más invulnerable, lo vemos hoy amagado por siniestras amenazas. Se diría que ha llegado la hora del poder de las tinieblas. Y Cristo parece dormir.

Como los apóstoles, vamos a El; llamémosle desde lo íntimo de nuestras almas; digámosle de nuevo: "Maestro, sálvanos que perecemos. Si Tu no serenarás los mares, nadie... nadie será capaz de serenarlos". Y entonces, señores, acaso podamos presenciar una vez más el milagro del lago, menos visible, pero no menos sorprendente, menos material, pero no menos verdadero, y sobre todo no menos salvador, no menos digno de su poder y de su amor hacia las creaturas.

*José María Cifuentes G.*



# La Religión del Sentimiento

Conferencia de Don Tomás Cox Méndez, dictada bajo los auspicios del Centro de Estudios Religiosos, en el Teatro Miraflores, el 11 de Diciembre de 1930

Esta prestigiada tribuna, impone a los conferencistas un bagaje de cultura religiosa y otros antecedentes que yo no traigo. Sin título alguno para invocar vuestra atención y vuestro interés, os declararé que, en cambio, vosotros despertáis el mío de vivísima manera.

La preocupación religiosa es sin duda la más alta expresión de la espiritualidad humana; si esta preocupación se manifiesta en forma colectiva, como ahora, que una escogida concurrencia se reúne a considerar problemas de orden religioso, la escena es de la más alta calidad espiritual.

Y como mi punto de vista sea talvez melancólico, paréceme ver en ésta y en toda reunión de la misma índole, una manifestación del sufrimiento humano.

El **siglo** sufre. La humanidad vive en permanente congoja y las gentes acuden allí donde creen que se las puede consolar, o siquiera distraer.

Cada ser humano es un trasunto de la esencia divina, el alma, encerrado en este calabozo material del cuerpo, sin más ventanas al exterior que los dos sentidos nobles: la vista, por la cual nos llegan las bellezas del mundo material; y el oído, por donde nos penetran las complicaciones del mundo moral, por donde nos penetra la voz afable y familiar del hombre, nuestro prójimo, que vacía en el nuestro las confidencias de su propio interior.

Dentro de su cárcel, el alma con su permanente aspiración hacia el infinito, se concentra al lado de esas dos mezquinas ventanas: de la vista, cuando contempla; del oído cuando escucha.

El siglo sufre, y quiere saber que hay un mundo, el mundo espiritual, que explica el significado del sufrimiento, o al cual el sufrimiento no alcanza.

Esta expresión "el siglo", la emplean la Iglesia y el lenguaje teológico, para comprender a toda la humanidad que se debate en la persecución de sus intereses materiales.

El siglo sufre. No me refiero, por cierto, a los sufrimientos que cada uno de nosotros puede llorar en su interior: quien un hijo muerto en temprana edad, quien una enfermedad tenaz, quien un quebranto de la fortuna.

Me refiero al sufrimiento colectivo, congoja y amargura de cada hombre y cada mujer al constatar los males nuevos del mundo: a esta enemistad con que, apoyadas en la espada todavía roja de sangre, se observan unas a otras las naciones poderosas, que no es la paz armada, sino el odio armado hasta los dientes; a este subir y caer de los gobiernos por la violencia; a esta situación social que cada día es más tensa y enconada; a esta disolución de los principios generales de la disciplina familiar, que ha producido el libertinaje en la juventud de ambos sexos; a este paganismo de la vida en las clases superiores, entregadas por entero al disfrute de los bienes materiales; a ésta muerte o letargo universal de los espíritus, que ya no permite reconocer en el género humano ni la excelsitud del origen, ni la nobleza de la especie.

Parece disgregarse el individuo, la persona humana como unidad, a los embates de las ideas disolventes que aporta consigo el ateísmo; parece disgregarse la familia con el desaparecimiento de aquella autoridad paterna de mejores tiempos, que era una majestad cariñosa, pero que era majestad; parecen disgregarse los Estados, porque ellos mismos con su educación arreligiosa, no se han dejado arma es-

piritual alguna de conservación, debiendo confiar su existencia a los ejércitos, en vez de confiarla a los principios.

¿A dónde pues dirigir la mirada?

Sólo la preocupación religiosa se diseña en el fondo de las almas escogidas. Puede decirse que ella es el instinto de conservación de los espíritus.

Sois el siglo que sufre, porque estáis en el mundo; y porque estando en él y teniendo viva dentro del pecho la preocupación religiosa, estáis capacitados para sufrir noblemente, para sufrir con todas las facultades del alma.

En ese mundo negro, cuyas negruras he apenas esbozado, vosotros sois la excepción. Andáis por él con la mejor bandera en alto, y encendidas todas las luces superiores del espíritu. Sois el siglo que sufre los males del mundo, y venís aquí a confortaros como creyentes.

Interpretada así esta asamblea, puedo remitir vuestra atención a vuestra presencia misma en esta sala, y decir que el interés de la tarde está íntegro en vosotros.

Este Centro de Estudios Religiosos, a que por la gracia de Dios he ingresado recientemente, se fundó con propósitos de apostolado seglar, para difundir la cultura religiosa por la prensa, a lo largo del país, y por la palabra, entre las personas cuya fe y buena voluntad vienen aquí cada mes a demostrarse oyendo a uno de nosotros.

En la primera conferencia del Centro, que se dió en este mismo recinto, quedó proclamada la necesidad de la cultura religiosa; de la religión razonada, y de hecho y simultáneamente, proclamada también la insuficiencia de la religión general y común; de esa religión que no ha sido estudiada y penetrada por sus adeptos que no se siente capaz de responder a las objeciones de un adversario astuto y que no es el resultado de la aplicación de nuestros razonamientos ni al espectáculo de la creación, ni a la historicidad de los milagros de Cristo investigada por los procedimientos críticos, ni a la continuidad de

nuestra doctrina al través de los siglos, ni a la impotencia del espíritu de las tinieblas contra la Iglesia de Pedro.

A esta religión insuficiente para combatir, pero con vida propia suficiente para mantenerse encendida dentro de nuestros hogares; poco instruída en su pasado, pero, sin embargo, segura de sí misma; poco apta para comunicar su propio convencimiento, pero llena de él; suficiente para consolar, dulcificar, embellecer y colorear la vida, la llamo yo en esta conferencia, la religión del sentimiento.

Es la aplicación del sentimiento humano a la preocupación religiosa; del sentimiento como arma, como instrumento de fe.

Tened presente esta definición, porque no quiero asumir responsabilidades que no sean mías.

¿Y qué cosa es el sentimiento humano?

Es esa emoción indefinible, esa fuerza, ese resorte, ese perfume o exhalación que vibra y estremece; ese calofrío divino, electrización del ser entero, en la cual participan nuestro espíritu y nuestro corazón; entusiasmo que sentimos a la vez en el alma y en el cuerpo, cuando la razón nos presenta una proposición cuya verdad brilla; cuando la belleza natural del mundo o una magnífica obra de arte se nos ponen delante de los ojos; o cuando oímos un trozo de música de gran autor; cuando leemos del heroísmo de los grandes hombres de la historia o del sacrificio convencido de los mártires de la idea, o cuando vemos las conquistas que la ciencia ha hecho para poner a nuestro servicio las fuerzas ciegas de la naturaleza; o cuando presenciamos una inmensa catástrofe con millares de víctimas; o cuando sabemos de un olor penetrante y escondido, noblemente sobrellevado; cuando vemos las miserias y padecimientos de nuestros semejantes desamparados; cuando contemplamos la grandeza de Dios creador y meditamos sobre las promesas que de El tenemos, o sobre las esperanzas que hacia El abrigamos; cuando conocemos

esos variados matices del ser que se llaman admiración, amor, sufrimiento, piedad, atracción, entusiasmo, indignación u horror, que se producen en nosotros como reacción natural y necesaria de todas aquellas contemplaciones. Entonces somos el ser humano que Dios creó a su semejanza, el ser humano que vive su vida completa. Somos una ley que se cumple, la ley del sentimiento.

Todas aquellas reacciones no son un trabajo intelectual, no son siquiera voluntarias; son la función de una que yo llamaría también facultad, el sentimiento humano, y que parecería digna de elevarse al rango de las facultades superiores, memoria, entendimiento y voluntad.

¿Por qué los psicólogos no la colocaron allí?

Más adelante veremos cuanta razón tuvieron los psicólogos.

Del sentimiento, que acabo de definir como una fuerza, puede decirse que en el mundo es una fuerza en cierto modo nueva; ha adquirido en los tiempos modernos un desarrollo muy considerable, tal vez desproporcionado, entre los atributos que son propios de nuestra naturaleza.

La abundantísima producción artística y literaria de nuestros días, añadida a las complicaciones pasionales, son las sollicitaciones a que más se somete, y son los factores responsables de aquel desarrollo.

La belleza, donde quiera que se halle, parece ser el objeto exclusivo de su actividad.

Así como la razón, ante cualquiera proposición que se le ofrezca se pregunta: ¿hay aquí alguna verdad de que yo me enamore?, así el sentimiento, ante los espectáculos que le son propios dice ¿hay aquí alguna belleza?

Y si el conjunto ideológico más bello que existe es nuestra religión, si ella se ofrece como campo ilimitado de investigación a las facultades superiores y como manantial inagotable de belleza y de poesía al sentimiento; si sabemos además y sentimos que Dios se complace en nuestra

adoración completa, total, integral; y si El para entrar a las almas golpea tan numerosas veces a las puertas del sentimiento, debemos abrirle la puerta a que nos llame.

¿Ante qué doctrina podríamos desdeñar un instrumento de fe, de amor y de entusiasmo como éste?

¿Ante qué doctrina podríamos nosotros fijarle a Dios su camino de llegada?

Pues bien, al estado religioso de nuestro espíritu que resulta de la aplicación predominante de esta que he querido llamar cuarta facultad, el sentimiento, a la contemplación de las verdades de nuestra religión, lo llamo yo en esta conferencia, la religión del sentimiento, y sobre ella vamos a conversar algunos minutos esta tarde.

Esta religión no la hemos adquirido con el trabajo de nuestra inteligencia; la teníamos ya cuando las primeras luces de la razón empezaron a alumbrarnos los diversos caminos.

Las recibimos de nuestras madres.

El primer acto de esta religión, fué un acto de fe en la fe de nuestras madres.

Ellas, así como nos dieron el calor de su regazo, nos encendieron en el corazón esta llama de la creencia católica, fuego que ardió en nosotros antes que todos los fuegos que nos abrasaron después.

Al constatar este simple hecho, surge por sí sola una pavorosa cuestión.

¿Por qué misterio insondable de la Divina Providencia, al nacer cada uno de nosotros a la vida de este mundo, nos encontramos en los brazos de una madre cristiana, que tenía pronta su fe, la fe de su madre, para convidarnos de ella, y prontas también sus virtudes de abnegación y sacrificio para atestiguarlos con esas virtudes la verdad de su creencia?

¿Por qué ese privilegio para nosotros y por qué nacen cincuenta, cien mil niños cada día en las regiones paganas de la tierra, en la China, en el Africa, en las Islas Océánicas, sin ese privilegio?

¿Con qué estado de merecimientos, an-



terior al bautismo, llegamos nosotros a la vida, que ellos, los pobrecitos, no trajeron también?

Se me ocurre que así como los hijos de Adán traen como carga o como lote común, la culpa original en que incurrió el primer padre, habría también una especie de gracia original, anterior al bautismo, con la cual nacemos los hijos de cristianos, y que es el premio de Dios a la fe inalterable de muchas generaciones de antecesores nuestros y a una cadena de virtudes y sacrificios que se remontan hacia atrás, de madre en madre.

De ese modo les deberíamos algo más, mucho más que la vida, desde el momento mismo de nacer.

Nuestra religión del sentimiento comenzó, pues, con un acto de fe, la suprema virtud cristiana. El Dios de nuestras madres fué el nuestro, y su majestad como creador, y su bondad y dulzura como redentor, y todo el resto de sus atributos y potestades, quedaron depositados en nuestra alma de niños, como la primera certidumbre de orden religioso, sin forma alguna del proceso reflexivo, como simples verdades que caían dentro de nuestro sentimiento como cae la lluvia del cielo sobre la tierra seca, y encontraban en él un lugar idéntico a ellas, uno como molde que parecía estarles preparado.

Esa es la certidumbre intuitiva del sentimiento. Más tarde, cuando pudimos pensar, llegamos apenas a formar un raciocinio como éste: nuestras madres no podían engañarse cuando nos enseñaron a Dios y nos enseñaron a distinguir el buen camino y el malo. Si ellas se engañasen, coexistirían en ellas la mentira y la virtud. Si ellas se engañasen, en vez de una justicia y de una bondad immanente que sentimos flotar sobre las cosas y que es como la adivinación de Dios, flotaría sobre ellas una maldad infinita, que habría extinguido ya las bellezas y las virtudes del mundo. Y como todavía hay un sol que enciende la variedad luminosa del paisaje, y hay estréllas que parpadean en el silencio

de las noches, y como todavía hay bondad y virtud, y amor entre los hombres, nuestras madres no se engañaron.

¿Cabe en la cabeza de alguien que pueda haber falsedad en la purísima y recóndita belleza de esta simple escena: una madre que habla a su hijo de cuatro años, antes de dormirlo, de las bondades del Dios que se lo trajo desde los abismos profundos de la nada?

¿Qué puede haber, sino verdades cristalinas, en dos pechos que encierran en esos momentos todo el amor maternal y toda la confianza ciega del cariño filial?

No es más complicado que esto, el fundamento primero de nuestra vida espiritual.

Después, hemos depositado igual confianza en las enseñanzas de nuestra madre la Iglesia; y para darle toda nuestra fe a su doctrina, nos ha bastado la contemplación de las virtudes que florecen en su jardín: las virtudes del sacerdocio católico, la incansable abnegación y perseverancia de los misioneros, la santidad y la paz de los claustros.

Ahí están, señoras y señores, nuestras dos escuelas de pensamiento o de sentimiento religioso.

Todo el desarrollo posterior de nuestra vida religiosa y toda su práctica, ha sido una sucesiva repetición de actos de fe, en nuestras dos madres.

\* \* \*

Esta religión de que venimos hablando, aunque irrazonada, aunque no penetrada, pero viva por el corazón y por la emoción, que arrastra en pos de sí a la inteligencia con sus cálculos y a la razón con sus investigaciones, que llega al convencimiento por sí sola, es la fe misma, o encuentra en el sentimiento el más poderoso instrumento de fe.

Cuando en la especulación religiosa llegamos a los lindes del misterio, nos detenemos para exclamar: "no entiendo, pero creo".

Es la razón quien dice, "no entiendo"; ayudada del sentimiento dice "creo".

La razón es la facultad de los "porqués"; el sentimiento es el dueño y señor de los porqués que no tienen respuesta; él los entiende y él los acepta.

En muchas personas imaginativas, cuyo desarrollo cultural no ha llegado a la plenitud, el sentimiento parece más capacitado que la razón para dar forma accesible al misterio y a las cosas desconocidas.

Al misterio de la Trinidad, por ejemplo, aún una razón fuerte sólo tiene sendas de aproximación; el sentimiento, en cambio lo acepta de lleno, y vibra dichoso y confiado con la plena aceptación de un Padre Todopoderoso, que es más adusto y más temible, que se parece al Jehová del Antiguo Testamento y que, dictador de las leyes, frunce el ceño cuando se las viola; del hijo, Dios-Hombre, más cerca de nosotros por haber vivido aquí; que no permitirá que su sangre se pierda,<sup>3</sup> que está a nuestro alcance y al cual podemos contarle nuestras penas, cada vez que lo buscamos en el Sacramento; del Espíritu Santo, espejo en que se contemplan el Padre y el Hijo, fluído y esencia de la divinidad, que baja a confortar al sacerdote en su renuncia total de la vida, a las vírgenes en su claustro y a los esposos en sus mutuas promesas.

El sentimiento se adelanta y ha aceptado ya, cuando aún la razón pesa y compara. Y el sentimiento, para adelantarse a la razón en la creencia, ha escuchado primero las voces intuitivas de esta enumeración sublime de sedientos del infinito: el espíritu, el corazón, la conciencia, la oración, la poesía, el entusiasmo, la pureza y el dolor.

Son ellos los más fuertes testigos de Dios, y en ese bellissimo desorden los enumera Monseñor Bougaud. Y son ellos el conjunto de todo lo perfumado y esencial del ser humano.

La fe perfecta no es sólo una certidumbre, sino también un sometimiento; por eso es virtud.

La palabra certidumbre comprende al

mismo tiempo el fenómeno y su prueba, y la fe no pide pruebas.

La fe intuitiva e imperfecta de nuestro sentimiento es una incertidumbre confiada; incertidumbre si consulta a la cabeza; confiada si consulta al corazón.

Y quizás si me atrevería a definir siempre la fe con las mismas palabras.

En todo caso, no se distinguen bien los límites de la fe y de la esperanza. La fe que mira hacia atrás, la que cree lo que ya pasó, esa, se distingue; pero la fe en los destinos futuros, es hermana gemela de la esperanza; porque, como dice San Pablo, "la fe es la sustancia de las cosas que se esperan". Creer en lo que nos han prometido es esperarlo.

La religión del sentimiento fué la religión de nuestras madres; es por otra parte la de la inmensa mayoría de los católicos; quizás la de algunos de vosotros, la mía, muy especialmente la de vosotras, señoras, cuya inteligencia está siempre tan hermosamente mezclada de sentimiento. Quizás es o fué también la de algunos de mis respetados colegas del Centro que ingresaron a él o que lo formaron precisamente porque desean que su religión no sea esto solo.

Dije al principio que la insuficiencia de esta religión cuando es exclusiva quedó proclamada en la primera conferencia de este Centro. Hay que resignarse a aceptar esta doctrina porque los tiempos la imponen, pero aceptémosla sin alarma.

El conferencista de aquella ocasión, ilustre autoridad de la Iglesia chilena, ya nos tranquilizó en la misma frase con que nos alarmó.

La religión es un sentimiento, dijo, pero no debe ser solo un sentimiento.

Cuando se me presentó la ocasión de comprometer con el Directorio esta conferencia y de elegir tema, contesté: "La Religión del Sentimiento". Quería decir con este título: me atrevo a subir a esa tribuna, para dar una palabra de aliento a los que están todavía en esa etapa imperfecta de la creencia religiosa; a los que no

han sentido aún la inclinación intelectual hacia las investigaciones teológicas; a los que aún teniéndola, tienen una inteligencia de naturaleza difícil, escéptica, descontentadiza, que busca la certidumbre material donde no puede estar, y que aplica el rigor de los sentidos donde no puede aplicarse.

Hay inteligencias así, no sólo en el mundo científico, sino en todos los círculos. Hay inteligencias que manifiestan en el estudio los mismos tintes que tiene lo que llamamos el temperamento.

¿Qué compañera más eficaz de las almas difíciles no será la emoción sentimental aplicada a la vida religiosa, cultivada y desarrollada especial y voluntariamente para cruzar aquellos escollos?

Si una inteligencia mal inclinada, si la razón, o el cálculo, o la investigación crítica se tiñeran de prejuicio y quisieran decir "no aceptamos", dejemos que salga al frente el sentimiento, y asuma ante la verdad las atribuciones de conductor momentáneo de las facultades desconfiadas.

Yo confieso que mi sentimiento ha ido delante de mi espíritu en algunas de mis modestas y escasas actividades especulativas.

El minero trabaja con una lámpara en la frente que le alumbró las manos y le ilumina la faena; sólo con esa lámpara puede cruzar la obscuridad de los túneles y encontrar la salida.

El sentimiento sea la lámpara de nuestra frente, cuando la razón cruza parajes tenebrosos y difíciles.

Libreme Dios de sostener que sea ese el orden lógico de la aplicación de nuestras facultades, en presencia de la verdad.

Sólo quiero decir que siendo el objeto de la vida religiosa llegar a la fe, llegar al sometimiento de las facultades ante la revelación, ante el misterio y ante todo el conjunto de las verdades religiosas, y disponiendo como disponemos de ese poderoso instrumento de fe, el sentimiento, permitámoslo conducir, ya que él se tienta

primero ante las bellezas, el consuelo, el sabor y colorido de aquellas verdades.

Y sólo digo que la gran mayoría de los creyentes así mantienen su vida espiritual.

No les digamos aún que su religión es insuficiente; digámosle sólo que su religión es más débil que la otra, que está más expuesta al contagio, a enfermarse y a morir, aunque sea su exterior saludable, atrayente y hermoso.

El hombre que no lleva una vida que se pueda calificar de intelectual, el que está tomado en el engranaje de la lucha diaria por el pan y por el bienestar de su casa; el que jamás ha empleado su razón y su entendimiento en otra cosa que en los prosaicos intereses de tejas abajo, sin ninguna costumbre de aplicarlos a las disquisiciones de orden meramente espiritual; ese hombre, que representa sin duda a la mayoría de los hombres, sin quererlo él, y sin notarlo, habrá, poco a poco, convertido su razón y su entendimiento en un instrumento de cálculo. Forzado a emplearlas en el plano superior de las ideas abstractas y de la contemplación, se inclinará a aplicar su sistema de pesas y medidas a las cosas que no pueden pesarse ni medirse.

Su razón no toma vuelo, no se remonta.

Por eso es tan difícil al ateo científico salir de su ateísmo y al incrédulo común salir de su incredulidad.

Pero ese mismo hombre que no es un intelectual, puede ser un sentimental; y puesto en juego el resorte de sus emociones, puede la fe enseñorearse de su alma con el "vine, vi y vencí" del César conquistador.

Cuenta Sienkiewicz que un soldado romano, adorador de los dioses, espía en tiempo de Nerón a los cristianos que salían de Roma por las noches a oír la palabra de Pedro, recién llegado a la ciudad. Se fué tras uno de los grupos, a cumplir su misión de espionaje, dispuesto a delatar lo que viera y oyera.

Y en vez de las prácticas sangrientas y horribles que se atribuían a los cristianos, vió una innumerable muchedumbre que re-

zaba y entonaba cánticos extraños; y que, de rodillas en el suelo, miraba al cielo y lloraba.

Y sobre un montículo de arena vió subir a un pobre anciano de barbas y cabellos blancos que habló de Cristo y de sus enseñanzas, y contó cómo a su doctrina de amor y de dulzura, respondieron sus perseguidores prendiéndolo y azotándolo; vió a la luz de las antorchas cómo el viejo de cabellos blancos lloraba también con sus oyentes al confesarles que él, su amigo, lo había negado delante de unos pocos hombres; y oyó a ese pobre viejo, que venía del Oriente a echarse en medio de la persecución, y al hablar de Cristo crucificado decía simplemente: "Yo lo ví".

El soldado espía fué bautizado esa misma noche; una fuerza nueva y desconocida le dobló las rodillas ante aquel viejo pescador.

"Ese hombre dice la verdad!, cualquier hombre en el mundo puede mentir menos ese viejo pobre de barba blanca que llora y que dice: "Yo lo ví".

Y el viejo pescador de almas iba tendiendo sus redes entre las muchedumbres sin más testimonio que ese: "Yo lo ví". Arrastrando su ancianidad y su pobreza en los asilos secretos, en las reuniones nocturnas de las canteras, en las catacumbas, en las prisiones del circo, consolaba a los mártires del día siguiente, con las promesas de Aquel a quien "había visto".

En los horrores de la arena, cuando la virgen desnuda, o el adolescente tierno, en las garras de los leones, dirigían a él su última mirada de agonía, Pedro se les presentaba como signo de esperanza cierta. "Yo lo ví".

Y la Iglesia, su heredera, su sucesora, su creación, la realidad actual y tangible de su espíritu, a nosotros los cristianos de este gran circo, a nuestras penas, a nuestros dolores, a la ansiedad angustiosa de los tiempos que nos oprime el corazón, nos siga diciendo: "Yo lo ví".

Es esimple testimonio ha sido siempre suficiente!

Un alma dispuesta a las emociones es tocada y vencida por la gracia de Dios hecha sentimiento.

\* \* \*

Señores: Al sentimiento religioso de que vengo hablando, yo católico creyente, tengo el deber de darle su verdadero nombre, la gracia de Dios. Si en el curso de esta conferencia se lo doy una sola vez, es porque así, aunque me entenderán menos los católicos fervientes, me entenderán mejor los tibios. Y es quizás entre éstos, donde tengo alguna probabilidad de provocar útiles reacciones.

Decía, que una alma dispuesta a las emociones está tocada y vencida por la gracia de Dios hecha sentimiento.

En la conversión de ese soldado que cayó a los pies de San Pedro, la convicción, como promeso reflexivo tuvo acción, sin duda; pero el sentimiento la tuvo preponderante, como la tiene también en las conversiones, innumerables, cuya determinante fué una adversidad, un incidente, una humillación, una desilusión o desengaño.

Aunque la busca de la verdad es un deber de la inteligencia, es un hecho que más anda la verdad en busca de los hombres, que los hombres en busca de la verdad.

San Pablo fué derribado del caballo por una certidumbre, en el camino de Damasco; es una conversión de otro orden.

¿Quién de nosotros no cuenta en su vida un caminito de Damasco que lo haya hecho cambiar de rumbo?

¿Quién puede asegurar si más de uno de los miembros de este Centro de Estudios, no enderezó sus pasos hacia una mayor perfección de sus creencias, porque tuvo algún encuentro significativo y determinante, en su camino de Damasco?

Presupuestas las convicciones fundamentales de todo el que tiene ojos para ver la religión del sentimiento, es la de la mayoría de los hombres, y lo fué también de innumerables santos. Ellos abrieron la puerta a que se los llamó.

Los místicos, los seráficos, fueron los poe-

tas de la vida religiosa; y quien dice poesía dice sentimiento.

A Santa Teresa se atribuye esta contemplación del Crucificado:

“Tú me mueves Señor, muéveme el verte  
Clavado en una cruz y escarnecido  
Muéveme el ver tu rostro tan herido;  
Muévenme tus angustias y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal ma-  
[nera  
Que aunque no hubiera cielo yo te amara  
Y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar por qué te quiera,  
Porque si lo que espero no esperara  
Lo mismo que te quiero te quisiera”.

¿Qué voces son éstas? No son las del sentimiento? ¿No equivalen a decir: atrás mis facultades calculadoras de premio y de castigo; atrás mi razón que desmenuza méritos y desméritos; salga a recibirte mi solo corazón?

La vida de predicación de Jesús, que se desarrolló entera en la humilde compañía de pescadores, fué un continuo llamado a la sencillez de los corazones, más que a las complicaciones de la inteligencia. Se dirigió a los humildes, a los pobres, a los ignorantes y desheredados de los bienes de este mundo; ellos lo siguieron.

Y los poderosos, los grandes, los letrados y sacerdotes lo resistieron y lo combatieron.

Nos dijo El que fuésemos como niños para merecer el reino de su Padre.

Es decir: dejemos atrás las exigencias de la mente complicada con el discurso, y salgamos a El con las emociones sencillas de la niñez.

Poniendo el sentimiento al servicio de la fe que ya poseemos, veamos cómo la religión se colorea, cómo sus enseñanzas toman vida, cómo sacamos de ella consuelo y esperanzas.

Leamos el Evangelio acompañados de nuestro sentimiento vibrante, y metámonos entre la multitud sentada en gradería a orillas del lago, en el cual, balanceando suavemente en una barca, El enseña.

¿Quién es éste hombre? Qué voz es la suya que resuena de modo tan singular dentro de nosotros? Luz como la de esos ojos, nimbo como el de esa frente, no hemos visto antes. ¿Qué hay en ese porte exterior, de extraordinario?

De la mano que se levanta en ademán tranquilo, cae sobre nosotros la semilla que ha de producir tantas espigas. De sus labios brota la paradoja de oro: amad a vuestros enemigos, bendecid al que os hace mal; al que os hiere una mejilla, presentarle la otra; al que os roba la túnica, dejadle también la capa; bienaventurados, bienaventurados los pobres, los que padecen persecución; los mansos, los pacíficos, los humildes serán dueños del mundo!

Decidme, señores; puestos la razón y el sentimiento delante de esta doctrina, cuál de los dos la aceptará primero?

Ante nuestro sentimiento, la realidad de la figura del Cristo Evangélico es tal, que lo vemos y oímos.

Con la multitud que se le rindió, nos rendimos también nosotros. Su mirada de creador y de Juez misericordioso nos penetra y nos traspasa. Gracias te damos, Señor, por habernos hecho nacer en tu tiempo!

¡Sí! Por la magia del sentimiento, vivimos constantemente en presencia y en los tiempos del Señor!

¡Su mirada de Juez misericordioso! Porque, como dice Cervantes, “aunque los atributos de Dios son todos iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de su misericordia que el de su justicia”.

Ante nuestra pequeñez de hombres, ante el número de nuestras miserias morales, y ante la evidencia de un Dios de justicia que se presenta a la razón con certidumbre aplastadora, no tenemos más consuelo que esa otra certidumbre confortante, la del Dios de misericordia, que habla a nuestro sentimiento, mucho más que a nuestra razón.

La religión del sentimiento es por último, señores, la religión de las multitudes, la re-

ligión de los pobres, de los ignorantes, desvalidos y desamparados. Es la que consuela a la mujer abandonada por los vicios del marido, en la miseria del conventillo. Es la religión del rancho de paja que aún se ve en nuestros campos.

Mi profesión me ha permitido observar largamente la religión de nuestros pobres de campo; y os declaro que esa religión, aunque incompleta, imperfecta y elemental, es capaz de llevar sus tres virtudes fundamentales, la fe, la caridad y la esperanza, al más alto grado posible en la vida cristiana. Fe absoluta y esperanza sin mezcla de dudas es la de ellos. La vida de este mundo no les ha dado nada sino sacrificios, durezas y privaciones, pero saben que la puerta del cielo no será para ellos tan estrecha como el ojo de una aguja.

Y su caridad es la verdadera maravilla de sus virtudes. Puede pensarse en algo más grande que la caridad de los que no tienen nada, la caridad de los que tienen hambre y frío?

Cuando la muerte deja huérfana a una familia de cinco o seis niños, el pariente más próximo los recoge y los adopta. Esto lo he visto muchas veces. ¿Quién de nosotros sería capaz de hacer lo mismo?

“Mi Dios no ha de faltarnos”, dice la nueva madre. Y el Dios proveedor no falta; con los dos peces y los tres panes de esa casa, vuelve a efectuar el milagro de la multiplicación.

¿Y quién de nosotros da hospitalidad, como lo hacen ellos, al primero que pasa?

¡Y como saben morir los pobres! ¡Cuánta filosofía he recogido en mi vida de campesino, observando como sufren sus enfermedades y como se van de esta vida, viejos y jóvenes, con igual paz y serenidad!

Con la abundancia y el regalo de primavera y verano siguen a las privaciones del invierno; como la cosecha viene a premiar los sudores de la siembra; así, con esa misma certidumbre confían en un tiempo posterior de refrigerio permanente.

¡Cuánta hermosura podría contaros, de muertes presenciadas, escenas que guardo con cuidado en mi memoria, verdaderas escuelas de pensamiento cristiano! Muchas he visto! Todas tuvieron la suavidad de un tránsito. Todas me parecieron la entrada de una corriente mansa, en otra corriente mansa. Ninguna me pareció un fin. Todas me parecieron un principio.

Argumentos de fe como los que los pobres dan, no se hallan tan fácilmente en esferas sociales superiores.

Hasta este momento, señoras y señores, habéis oído sólo de las excelencias del sentimiento, de sus aptitudes y bellezas, de su utilidad como instrumento de fe, de su capacidad como arma de combate o de ayuda para las inteligencias difíciles, y de su capacidad consoladora y de aliento, para las almas sencillas.

Réstame, sólo para creer cumplida mi tarea, deciros algunas palabras sobre uno de los varios peligros que el sentimiento reconoce.

Ya sabemos que los psicólogos, no lo incluyeron entre las facultades superiores del espíritu. Tuvieron razón! Su naturaleza es más modesta; parece no ser siquiera un atributo puramente espiritual. Tiene contacto y mezcla con el barro de que fuimos hechos. Es percedero y envejece. Está sujeto al desgaste y reconoce un terrible y constante enemigo, el hábito, la costumbre.

Un amigo mío y colega mío en este Centro de Estudios, me hacía notar, cuando éramos jóvenes, cómo la costumbre, él decía “el monstruo de la costumbre”, nos iba poco a poco gastando las emociones.

En realidad, la costumbre es un monstruo, un dragón, que devora todas las bellezas de la vida.

Si lo permitimos tomar sitio en nuestros sentimientos y confiamos a estos solos la custodia de nuestra creencia, nos quedaremos con la teoría, y habremos perdido todo entusiasmo por la práctica.

La falta de vitalidad que visiblemente

aqueja la fe de la sociedad católica debemos atribuirle al monstruo.

Un hombre que ha dejado de sentir la novedad de la doctrina que se llamó la Buena Nueva, es ya, aunque su razón siga creyendo, uno que no podrá vivir su doctrina.

¡Cuántos católicos hay acostumbrados a todo! ¿Hay nada más espantoso que definir así a un hombre tibio en su fe: un cristiano acostumbrado a la Pasión de Cristo, acostumbrado al sudor de sangre de la oración del Huerto; acostumbrado a los azotes de la columna, a las espinas de la corona y a los clavos de la Cruz?

Acostumbrado a las grandezas de su propia creencia, lo está también a todas las grandezas y a todas las hermosuras; el desgaste, el hábito, la costumbre han apagado uno a uno sus sentimientos; y por ley inexorable, a cada noble sentimiento extinguido corresponde una pasión innoble que se enciende.

Ahí va por la calle, el hombre hastiado. Deja pasar a su lado la belleza de la vida, que no le es sensible. Deja pasar a su lado sin sentirlo, el interés de las almas que se le acercan. He ahí un hombre muerto, que camina en medio de la vida. Es un pedernal duro, pero pedernal del cual nadie obtiene jamás una chispa que alegre.

No se asoma a la vida de sus semejantes, sólo vive su egoísmo y es duro con todas las durezas y amargo con todas las amarguras. Ha dejado gastarse su caudal, se ha dejado penetrar por el monstruo de la costumbre.

Y este enemigo temible de la religión del sentimiento, es impotente contra la religión cultivada, estudiada y razonada,

porque las reacciones de la verdad sobre el entendimiento, funciones meramente espirituales, no pueden someterse al envejecimiento y al desgaste.

Aquí está la insuficiencia y la verdadera inferioridad de la Religión del Sentimiento.

De esta insuficiencia e inferioridad padece evidentemente el esfuerzo mío de esta noche.

Pero quedaré ampliamente satisfecho sí, al querer patentizar el poder y la grandiosidad de esta religión modesta del sentimiento, he despertado en vosotros la idea del poder y grandiosidad de la religión perfecta, cultivada por todas las luces del espíritu.

Los tiempos modernos que engañan a los hombres con tantas doctrinas de atractivo intelectual la imponen como necesaria.

A ella hemos de ir.

Los que aún no la tenemos, atengámonos mientras tanto a una sola certidumbre que basta, y de la cual brotan todas las demás certidumbres: Cristo resucitó; y contra su sepulcro vacío se estrellan todas las escuelas.

Pero siempre, señores, cuando hayamos llegado a la meta deseada de la religión culta, cuando por el estudio hayamos llegado a las verificaciones posibles, cuando hayamos, por decirlo así, metido nuestros dedos en la llaga del costado, siempre quedará a los que están fuera de nuestro círculo, a los que tienen la religión simple del sentimiento, a los sencillos y humildes soldados de nuestra fe, el consuelo de decirnos: "porque viste, creíste; dichosos los que no vieron y creyeron".



# Fuera de la Iglesia no hay salvación

*Estracto de una lección dada en el Centro de Estudios Religiosos por el  
prof. Pbro. D. Oscar Larson*

Establecida la Divinidad de la Iglesia Católica, como la única religión verdadera, depositaria legítima de las enseñanzas de Dios, es evidente que fuera de ella no hay salvación. Pensar lo contrario significaría no sólo que la revelación era inútil, sino que además para Dios y para el hombre da lo mismo la verdad que el error, creer o no creer a la palabra divina, practicar o no practicar la ley, servirse de los medios que el Creador ha establecido para comunicarnos con El o despreciarlos.

Nuestro Señor mismo enseña que "el que no renaciere por el agua y el Espíritu Santo no puede entrar en el reino de Dios". (Joa III. 11) y dijo a sus apóstoles: "Predicad el Evangelio a todas las criaturas; el que creyere y fuere bautizado se salvará; el que no creyere, se condenará". (Marc. XVI 15-16) "Id e instruid a todas las naciones bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas a observar todas las cosas que yo os he mandado". (Mat. XXVIII 19-20) "En caso que no quieran recibiros ni escuchar vuestras palabras, saliendo fuera de tal casa sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad, en verdad os digo que Sodoma y Gomorra serán tratadas con menor rigor en el día del juicio" (Mat. X, 14-15) "Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien a mí recibe, recibe a Aquel que me ha enviado" (Mat. X, 40). "Si ni a la Iglesia oyere, tenle por gentil y publicano" (Mat. XVIII, 17). "El que a vosotros escucha a mí me escucha, y el que a vosotros desprecia a mí me desprecia, y quien a mí me desprecia desprecia a Aquel que me ha enviado" (Luc. X, 16).

Tal fué también la convicción de los primeros cristianos. "Nadie se engañe a sí mismo—escribió Orígenes (siglo III)—fuera de esta casa, fuera de la Iglesia nadie se salva", y como este podríamos citar el testimonio de todos los Padres de la Iglesia que, al fin, si predicaban el cristianismo y hasta morían antes que salir de su

seno, era sólo porque "fuera de la Iglesia no hay salvación".

## II

Mas, esta verdad tan evidente halla una seria dificultad para armonizarse con otra afirmación no menos clara de los libros santos, a saber, que Dios quiere salvar a todos los hombres, y es un hecho que no sólo no pertenecen todos a la verdadera Iglesia, sino que la mayoría de ellos han estado durante muchos siglos y están todavía fuera de la Iglesia Católica.

Que Dios quiere salvar a todos los hombres, a quienes para eso creó, por cuya redención Dios "no trepidó en dar su Hijo Unigénito al mundo, pues no envió Dios su Hijo al mundo para condenar sino para que por su medio el mundo se salve" (Juan, III, 16-17) está escrito en cada página de la Sda. Escritura y especialmente en las palabras de S. Pablo hablando de "Dios Salvador Nuestro, El cual quiere que todos los hombres se salven y vengan en conocimiento de la verdad, porque uno es Dios, y uno el Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, que se dió a sí mismo en rescate por todos" (I Timot. II, 4-6)

Cuando decimos que Dios quiere que todos se salven, damos a la palabra *quiere* un significado semejante al que tiene en nuestro lenguaje corriente: "su madre quiere que Ud. sea Sacerdote". Esto es, no se trata de una voluntad imperativa de Dios, como cuando quiere crear el mundo, redimir al hombre, premiar al justo, casos en que su divina voluntad es por su misma fuerza, un hecho.

Dios *quiere* salvar a todos los hombres, con voluntad llamada antecedente o condicional por los teólogos,—(así S. Juan Damasceno, Sto. Tomás, etc)—según la cual El propone la salvación y da los medios necesarios a todos, los cuales libremente cooperan o no a su gracia. "Dios que te creó sin tí,—dice S. Agustín—no te puede salvar sin tí", es decir sin tu coopera-



ción. Tal actitud no es sino un efecto del respeto a la libertad de que el mismo Creador dotó al hombre.

¿Cómo armonizar estas dos afirmaciones tan categóricas de la palabra divina, ante el hecho innegable del gran número de hombres que no han conocido la existencia de la Iglesia, que no la han aceptado o que no han tenido los medios de ingresar en ella?

Aquí hay dos dificultades de género diverso: una es la dificultad teológica, o sea la contradicción aparente entre las dos afirmaciones de la Teología cristiana, y otra es la dificultad positiva que surge del hecho mismo—aun armonizados desde el punto de vista teológico y especulativo aquellos dogmas,—del hecho mismo, digo, de que la mayoría de los hombres reúnan efectivamente las condiciones esenciales mínimas para salvarse.

Trataremos de ambas separadamente.

### III

Dios quiere que todos se salven, por tanto a todos da los medios para que se salven; pero, por otra parte, "fuera de la Iglesia no hay salvación", y es un hecho que la Iglesia no ha reunido ni reúne en su seno a *todos* los hombres, ni siquiera a la mayoría. Luego o no es efectivo que Dios quiere que todos se salven, o no es efectivo que fuera de la Iglesia no hay salvación.

Tal es la dificultad.

De estas dos proposiciones, la primera: Dios quiere que todos se salven, es indudable, la hemos probado ya con textos de la Sda. Escritura que podrían multiplicarse hasta lo infinito, y lo contrario sería opuesto a la Bondad, a la Misericordia y a la Justicia de Dios, es decir: a la noción misma de la Divinidad.

Por otra parte, fuera de la distinción que hicimos respecto a la palabra *quiere*—que significa en este caso, quiere con voluntad antecedente, supuesta la cooperación del hombre—esta proposición no admite otra distinción ni interpretación. Es una afirmación clara, categórica y constante de los libros Santos.

Por consiguiente no queda sino buscar la solución en la otra proposición que, esa sí, requiere definiciones explicativas: *Fuera de la Igle-*

*sia no hay salvación.* Para determinar quienes se consideran fuera de la Iglesia, es menester definir qué es la Iglesia.

Objetivamente, exteriormente, la Iglesia es la sociedad formada por aquellos que profesan la doctrina de N. S. Jesucristo, bajo la autoridad de la jerarquía eclesiástica, unidos por los Sacramentos.

Pero esta adhesión a la sociedad externa requiere primordialmente en cada sujeto un elemento interno, una comunidad de ideas y una adhesión de la voluntad, selladas por un elemento sobrenatural, que sea como el signo de que Dios admite esa alma y la eleva al orden sobrenatural, en el cual ha establecido su Iglesia. El elemento interno de la Iglesia, o sea, su alma, es la fe—adhesión voluntaria de la inteligencia a la palabra de Dios—en unas mismas verdades, selladas por su complemento que es la caridad perfecta, sobre las que Dios infunde la gracia santificante.

Naturalmente lo primordial, lo esencial es pertenecer al alma de la Iglesia: la salvación no es el premio del hecho de formar parte externamente, atómicamente, de la colectividad, sino de la adhesión voluntaria, personal; de la ausencia de pecado mortal; de las virtudes sobrenaturales Fe y Caridad, que atraen necesariamente a la gracia santificante. La sociedad externa no es más que la exteriorización del hecho interno; la sociedad de los santos, como la llamara S. Pablo.

Dos actos, dos virtudes constituyen el elemento interno: Fe y Caridad. Es indispensable definir bien y precisar estos términos, tratándose de un asunto tan serio.

La Fe. San Pablo la ha definido en su Epístola a los Hebreos (Cap. XI): "La Fe es el fundamento (—o la persuasión)—de las cosas que no se ven".

"Sin la Fe es imposible agradar a Dios (Heb. XI, 6). De modo que la Fe es indispensable, es condición *sine qua non*, para estar en el alma de la Iglesia, para salvarse. Pero ¿se requiere la Fe expresada en todas y cada una de las verdades enseñadas por Dios?

Este es el primer problema. Si es menester profesar el Credo explícita y completamente, sin duda que la dificultad es gravísima, y serían tan

pocos los que se salvan, que no parecería que Dios quisiera salvar a todos ni que les hubiese dado los medios. Ahora bien, esto último lo hemos probado ya. Hay, pues, algún modo de armonizarlo con la exigencia de la Fe.

Dios no obliga a nadie a lo imposible. "Dios no manda lo imposible; cuando manda invita al hombre a hacer lo que puede, a pedir lo que no puede y El lo ayuda para que pueda (C. Trento, cn. 22); no castiga al que es irresponsable o por culpas involuntarias; no puede poner como condiciones substanciales de salvación aquellas que ciertamente no llenarán ni aun aquellos que expresa y verdaderamente se preocupan del problema de su salvación. Estas consideraciones que aplicaremos a cualquier juez equitativo, a cualquier hombre honrado, no podemos negárselas al Ser infinitamente Perfecto. Como dice San León, tratando de este mismo problema, en su obra "De vocatione omnium gentium" (Migne. P. L. T. LI sol. 647) "no debemos oscurecer lo que es claro por lo que está oculto, y no cerremos las entradas abiertas por una vana porfía de querer forzar las puertas cerradas".

Más expresamente se encargó S. Pablo de aclarar bien cuál será el mínimum de fe que Dios exigirá a aquellos que, por motivos diferentes quedaron en la imposibilidad de conocer todas las verdades enseñadas por Dios: "Sin la Fe es imposible agradar a Dios. El que se llega a El debe creer que Dios existe, y que es remunerador de los que le buscan". (Heb. XI, 6). El Apóstol señala aquí dos dogmas fundamentales: que Dios existe, y que es remunerador.

De aquí ha nacido esa clasificación que los teólogos hacen de las cosas necesarias para salvarse: unas son necesarias con necesidad de medio, de medio indispensable para conseguir el fin; de modo que cuando no se dispone de él, aun inculpablemente, es imposible obtener la vida eterna, y otras necesarias con necesidad de precepto, es decir, necesarias en virtud de una disposición positiva, ignorada la cual, o hecho imposible o inculpable su no cumplimiento, no obliga.

Ahora bien ¿qué es necesario para salvarse, con necesidad de medio? La Fe y la caridad; o en otros términos creer que Dios existe y es remunerador y estar en gracia. "Nada mancha-

do, en efecto, puede entrar en el cielo". La Fe no basta: "Si tuviese tanta Fe que pudiese trasladar los montes, pero no tengo caridad, soy nada" (I Cor. XIII, 2). Para con Jesucristo nada importa el ser circunciso o incircunciso sino la Fe que obra por la caridad. (Galat. V, 6). "El que no ama permanece con la muerte". (I Juan II, 14). "Nos ha salvado, no a causa de las obras de justicia que hubiéremos hecho, sino por su misericordia, haciéndonos renacer por el Bautismo, y renovándonos por el Espíritu Santo, que El derramó sobre nosotros copiosamente por Jesucristo, Salvador nuestro, para que justificados por la gracia de este mismo, vengamos a ser herederos de la vida eterna". (Tit. III, 5-7).

Pero el que reúne estas condiciones solas ¿está ya por ellas en la Iglesia? ¿cómo puede estar aun en el alma, si no conoce su existencia, por ejemplo? ¿Se salvaría, en una palabra, con esas condiciones el principio *Fuera de la Iglesia no hay salvación?*

Los teólogos responden que es necesario con necesidad de medio pertenecer a lo menos *in voto*, esto es, con el deseo, al cuerpo de la Iglesia, o sea, al organismo establecido por N. S. Jesucristo como el único capaz de salvarnos: "el que no creyere, se condenará"; el que no renace por el agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos" (Marc. XVI, 15. Mat. XXVIII, 19, etc.).

Pero el que no conoce ni siquiera la existencia de la Iglesia Católica, deberá tener siquiera *este voto implícito*, es decir, comprendido, encerrado virtualmente en el acto de caridad y amor de Dios, por el cual sinceramente quiere observar todo lo que Dios ha mandado, y como una de las cosas que Dios ha mandado es pertenecer a su Iglesia, el que lo ama, quiere implícitamente pertenecer a ella.

En efecto, como dijimos ya, no puede ser obligatorio para todos, el pertenecer de hecho, al cuerpo de la Iglesia Católica, porque ésta es una condición que no siempre depende del sujeto. De ahí es que se incluya entre las condiciones de necesidad de precepto. Luego el que ignora el precepto, el que está imposibilitado para cumplirlo, el que cree de buena fe que su religión es la verdadera y la católica es falsa, en una

palabra, el que inculpablemente permanece fuera del cuerpo de la Iglesia, no se condena por eso, si reúne las otras condiciones que son de necesidad de medio.

Tal es, entonces, el sentido del principio que venimos estudiando, y esta interpretación, que es unánime entre los teólogos, esta autorizada por el testimonio de la Sda. Escritura y las declaraciones de la misma Iglesia.

Los Libros Santos insinúan muchas veces que no pocos hombres obtuvieron la gracia de Dios y se salvaron, a pesar de no pertenecer a la Religión Revelada. Desde luego el Santo Job, el Idumeo, que no era judío ni pertenecía a la Sinagoga, y que es llamado nada menos que "el amigo de Dios". (Job. I, 8).

Los Ninivitas, extraños también a la Religión verdadera, según el Libro Santo, hicieron penitencia y se salvaron.

Es verdad que el precepto de pertenecer a la Iglesia fundada por el Salvador es una ley del Nuevo Testamento; pero las razones en que se fundan los teólogos para admitir que antes de N. S. bastaba el voto implícito no han variado, y no podemos razonablemente admitir que después de la Redención las condiciones, en vez de ser más fáciles, fuesen más difíciles. Luego, aún establecida la Iglesia, sólo basta el voto implícito de pertenecer a ella, para el que no lo puede de hecho.

Entre otras declaraciones de la Iglesia, es la más clara la del Papa Pío IX en su Encíclica del 1.º de Agosto de 1863: "Es de Fe que nadie pueda salvarse fuera de la Iglesia Romana, y que

esta es el arca única de salvación, y el que no entra en ella perecerá en el diluvio; sin embargo ha de tenerse también por cierto, que el que se halla en ignorancia invencible de la verdadera religión, no contrae ninguna culpa por esto a los ojos del Señor. Ahora bien ¿quién se atreverá a fijar los límites de esta ignorancia en la gran variedad de pueblos, de regiones, de inteligencias y demás factores?" y en otra parte añade que Dios "no castiga con eternos suplicios al que no tiene culpa voluntaria".

Por consiguiente, a aquellos que inculpablemente no cumplen el precepto positivo de entrar en la Iglesia para salvarse, no se les castiga, y se les exige el mínimo, o sea aquello que Dios mismo ha señalado y que interpretado racionalmente y de acuerdo con los demás textos de los Libros Santos y con los atributos de Dios, es la Fe en Dios Remunerador y la Caridad perfecta, o Amor de Dios por ser El quien es. La caridad perfecta produce la gracia: "Si alguno me ama, y cumple mis mandamientos, mi Padre le amará y vendremos a él y haremos mansión en él". (Juan XIV, 23).

Tal es la solución de la dificultad teológica. Entendido así el axioma "Fuera de la Iglesia no hay salvación", su exactitud permanece inmutable, y no se opone al dogma de que Dios N. S. quiere la salvación de todos los hombres, pues deja abiertas las puertas a aquellos que cumpliendo con la ley natural, obedeciendo a los dictados de su conciencia recta, creen en un Dios Justiciero y le aman sobre todas las cosas.



# La Cristiandad Medioeval y la Liga de las Naciones

Por Joseph Lecler, *Études* 5 de Agosto de 1932

La Edad Media ha sido durante largo tiempo objeto de estudios, reservado únicamente a especialistas. El público en general no mostraba interés por ella se había acostumbrado a considerarla como un largo período de estagnación social e intelectual, una noche interminable que precedió a la aurora del Renacimiento.

Esto ha cambiado algo ahora. Al abrir, por ejemplo, las más recientes obras sobre la vida internacional, no es raro encontrar ideas, casi siempre de simpatía, sobre la sociedad medioeval. En aquella curiosa época que precedió al desenfreno de las soberanías y nacionalismos, los teóricos de nuestros días gustan descubrir como un primer bosquejo de la futura organización de la humanidad. Ellos, en el fondo no pretenden sino reconstituirlas tal cual, pero estiman un vano intento pretender rehacer lo pasado, del cual siempre se podrá deducir útiles sugerencias.

Al tratar de asegurar una colaboración fraternal entre los sabios y los intelectuales de todas las naciones, las miradas se vuelven hacia las antiguas Universidades de la Edad Media. Recientemente M. A. Rastoul nos ha descrito su organización y su desarrollo en un libro con una introducción de M. Charléty, rector de la Universidad de París, y cuyo significativo título es: "La Internacional Universitaria y la Cooperación intelectual en la Edad media" (Editions Victor Attinger, París, 1930).

Hablando de la paz y del derecho de la paz, también se evoca el ejemplo medioeval: la paz y la tregua de Dios, los "conservadores de la paz" y los numerosos arbitrajes de aquella época. Después de la Conferencia tan documentada de M. Georges Goyau en la Semana Social de Havre (1926) y del libro del Rev. P. de la Brière sobre la Iglesia y la paz (1932), saluda también el Profesor C. van Vollenhoven en su novísimo libro "Du droit de paix" (1932), en

la Cristiandad de la Edad Media las primeras tentativas de una pacificación general. El autor no pretende tanto hacernos creer en la solidez y el éxito de las organizaciones que describe: según él el esquema (un poco artificial, a nuestro parecer) que ha adoptado para cada sección de su obra, "la esperanza" de los ensayos resulta una "decepción". Pero le pareció conveniente rendir justicia ante los contemporáneos, que no conocen aquellas tímidas tentativas de un derecho de paz.

Se trata finalmente de la Liga de las Naciones en su carácter de unión organizada de potencias soberanas, cuyas analogías hay que buscarlas en la antigüedad cristiana. A este respecto tenemos el gusto de anunciar la nueva obra del R. P. de la Brière titulada: "La Comunidad de las Potencias, de una Comunidad inorgánica a una comunidad orgánica" (París, Beauchesne, 1932). Con un sentido muy prevenido de la evolución histórica y con una gran precisión de análisis, aborda el autor el estudio de los principales problemas internacionales, constituidos en los dos estados sucesivos de la comunidad de las potencias: el estado inorgánico bajo el sistema llamado de equilibrio y el estado orgánico bajo el régimen de la Sociedad de las Naciones. Pero no ha dejado de consagrar un capítulo preliminar para describir, en sus rasgos principales, aquella comunidad orgánica que fué la Cristiandad de la Edad Media. En efecto ella no es solamente la notable anticipación de una institución muy reciente, sino su estudio se impone además al historiador para comprender mejor el período moderno que es como su despedazamiento y su liquidación.

Se ve por todos estos ejemplos, que la organización política y social de la Edad Media vuelve a menudo, como término de comparación, en los trabajos contemporáneos sobre la vida internacional. De nuestra parte nos permitiremos algunas breves

observaciones sobre el origen y la estructura de estos dos organismos que ahora nos pondremos a confrontar: La Cristiandad Medioeval y la Liga de las Naciones. Primero fijaremos nuestra atención en la Cristiandad medioeval, pues, menos conocida, debe ser estudiada en sí misma. Enseguida será más fácil reducir a sus justas proporciones la analogía entre las dos comunidades políticas: por medio de los rasgos comunes no costará trabajo juzgar las diferencias fundamentales. No será necesario dejar constancia de la importante documentación que significan para nosotros las obras antes mencionadas, en particular la del R. P. de la Brière.

La cristiandad de la Edad Media se nos presenta en primer término como una sociedad espiritual, como una institución de orden intelectual y religiosa. De ahí proceden sus principios de unidad y organización.

En su "Historia de los grandes principios del Derecho de Gentes" (1923), M. Redlob ve en esto "la obra de una idea". Mas que ésto, es la obra de una fe viva, la expresión política y social de una conciencia común y profundamente sentida, de pertenecer a una sola y a una misma Iglesia y de formar un solo cuerpo en Cristo. Hasta el fin del siglo trece es casi un anacronismo hablar de la Iglesia y del Estado como de dos sociedades distintas, "perfectas" como se dirá más tarde. Realmente hay entonces sino una Iglesia con ministros espirituales y ministros temporales; unos y otros dicen tener su autoridad de Cristo, Sacerdote y un Rey en una persona; unos y otros gobiernan a su manera y según sus respectivas atribuciones una sola y una misma Iglesia.

Para los hombres de aquellos tiempos es la Cristiandad la ciudad de Dios, que ha tomado cuerpo y que ha descendido a la tierra. En la crónica de un obispo bávaro, Otto de Freising, amigo del emperador Federico Barbaroja, encontramos una observación a este respecto. Habiendo tomado por guía a San Agustín, que basa su Historia Universal en el tema de las dos ciudades,

él confiesa su perplejidad: "Después que los pueblos y también los mismos príncipes, con algunas excepciones, se han hecho cristianos, me parece no haber contado la historia de dos Ciudades, sino de una sola: a saber: de la Iglesia". Dos siglos más tarde escribe Bartole, uno de los grandes maestros en derecho romano de la edad media: "Después de la venida de Cristo, el Imperio Romano comenzó a ser el Imperio de Cristo... Todo el poder imperial ha pasado a Cristo y a su Vicario, para ser transmitido por el Papa al príncipe secular".

Siglos atrás, San Pablo había exaltado la obra de Cristo, el cual, después de haber removido la muralla que separaba Judíos y Gentiles, después de haber anunciado la paz "a los que estaban lejos y que se habían acercado por la sangre de Cristo" había fusionado estos dos pueblos enemigos en un pueblo nuevo. La misma obra de paz y de unidad se prosiguió para con los pueblos bárbaros y con los romanos. La misma fe en Cristo hizo caer las barreras entre las razas, y dió a pueblos de tan diverso origen el sentimiento profundo de su unidad religiosa.

La unidad religiosa por su parte favoreció a la unidad de la cultura intelectual, abriendo camino a una verdadera Internacional del saber y de la enseñanza. Se sabe como a partir del siglo trece las antiguas escuelas episcopales fueron sustituidas, en los grandes centros, por grandes Universidades, bajo el control inmediato del Papado. Siempre se chocará con espíritus míseros, quienes no quieren ver en este proceder de los Pontífices sino la más vulgar ambición. Se entiende fácilmente que en una sociedad, basada sobre la unidad de la fe, un control sobre los centros intelectuales se imponía. El aflujo de estudiantes de todas las naciones le dió una enorme influencia. Ellos podían ser el maravilloso instrumento para formar y unificar las inteligencias según los principios cristianos, pero igualmente podían resultar fermento de anarquía. La solicitud inquieta de los Papas sobre sus derechos era por consiguiente muy natural.

Según la célebre comparación de Jordan de Osnabrück, consideraron ellos la Universidad como el techo del edificio cristiano, siendo el sacerdocio y el imperio la base y las murallas respectivamente.

En un reciente artículo de la *Revue historique* (1931) M. L. Halphen se presenta muy solícito en demostrar que la Fundación de Universidades fué un completo fracaso para la política pontificia. Los Papas, que las habían sustraído a los Obispos, recibieron la muy desagradable sorpresa de verlas levantarse contra su propia autoridad y reivindicar su plena independencia. Sin duda, la conquista de la autonomía administrativa para las Universidades llegó a ser un hecho indiscutible. Pero si se considera la enseñanza en sí misma, a despecho de las divergencias filosóficas que no alcanzaron el dogma, ella está muy lejos de haber traicionado las esperanzas de los Papas que habían favorecido su desarrollo. No en vano durante varios siglos los teólogos debían comentar el mismo texto de las Sentencias, los canonistas se dedicaron a examinar minuciosamente los párrafos del Decreto y de los Decretales, los filósofos se agotaron en discusiones dialécticas. Tal uniformidad imprimió a la enseñanza de la Edad Media un sello especial y le dió un aspecto absolutamente característico. No obstante su actitud a veces disolvente, frente a la autoridad, las Universidades medioevales colaboraron de su parte en buena forma a favor de la unidad de cultura intelectual en la armonía del Cristianismo.

Su carácter internacional corresponde, a lo menos hasta el siglo quince, a la estricta realidad. A París, Oxford, Boloña, concurren discípulos de todas partes de Europa. Se agruparon según "naciones" y hay que advertir que esta palabra no tenía entonces el sentido tan definido que le damos hoy día. Así sucedió que la Universidad de París contaba con cuatro naciones: francesa, normanda, picarda e inglesa. En cuanto a los maestros, la "licentia docendi" que se habían conquistado, era como un diploma internacional. Los más famosos maes-

tros parisienses eran extranjeros: Esteban Langton y Alejandro de Halés, ingleses; Santo Tomás, San Buenaventura, Gil de Roma, talianos; San Alberto Magno, alemán y Duns Scott, escocés. Los Papas, se comprende, favorecieron el reclutamiento internacional de los profesores. ¿No era esto el medio más seguro de desviar el peligro del particularismo, aquel enemigo constante de la unidad?? En efecto, desde que cesa la tutela pontificia, para ser reemplazada por la real, la Universidad de París, por ejemplo, llegó a ser el centro más activo del Galicanismo y del nacionalismo francés.

La Cristiandad, notable por su unidad religiosa y al mismo tiempo por la uniformidad de su cultura intelectual, forma, en menor grado, también la unidad política. Sin duda, el sistema feudal con su curiosa jerarquía de vasallos y soberanos, representa una dispersión inquietante de la autoridad, también en el interior de un reino. La división en feudos hereditarios de los antiguos derechos de regalía (justicia, impuestos, moneda, servicio militar) debían crear una política extremadamente relajada. Pero aquel régimen, basado en la idea de la jerarquía, debía conducir naturalmente a la noción de un soberano supremo, del cual dependerían, en último término, todos los grandes feudatarios.

Ese árbitro supremo ¿no era el emperador? Grave problema. Los emperadores germanos hicieron en repetidas ocasiones alarde de esta pretensión. Desde la mitad del siglo doce, Federico Barbaroja la declara sin ambages. En 1160, se toma la libertad de convocar un Concilio en Pavía para decidir entre Alejandro III y el anti-papa Víctor IV. Su carta de convocación expresa con toda claridad la grandeza del papel que se atribuye a sí mismo: "Durante su pasión ha declarado Cristo que basta con dos poderes; la explicación de estas palabras está dada, entendemos, para la misma existencia de la Iglesia Romana y del Imperio Romano, obra de una providencia admirable, pues por estas dos cabezas y principios las cosas del mundo

entero se encuentran regidas desde el doble punto de vista: humano y divino. Siendo, pues, suficiente con un Dios, con un Papa y con un Emperador y debiendo ser la Iglesia una sola, no podemos ver sin aflicción de nuestro corazón que parece haber dos Papas en la Iglesia Romana".

Esa reivindicación de la monarquía universal fué repetida por Federico II y especialmente a principios del siglo catorce por el Emperador Enrique VIII. No tenía entonces ningún partidario más ardiente que Dante: toda la primera parte de su tratado "De Monarchia" está consagrada a ella, estableciendo la necesidad de justicia y unión en nombre de los principios de la paz. Todavía en medio de su lucha con Felipe el Hermoso, el mismo Bonifacio VIII no vaciló, después de haber confirmado la elección del Rey de los Romanos, Alberto I, en declararle "Monarcha omnium regum et principium terrenorum".

La idea de atribuir al Emperador el dominio del mundo, fué durante largo tiempo familiar a los juristas italianos. Todavía la defiende bajo Carlos V Restaurus Castaldus de Perusa, a principios del siglo siguiente un napolitano, Santiago Antonio Marta, y en el siglo catorce se encuentran romanistas como Bartole y Uberto de Lampugnano, que consideran herética la proposición contraria.

Hay que reconocer que semejantes pretensiones no fueron nunca universalmente aceptadas, ni siquiera en los bellos tiempos de la Cristiandad. Es verdad, que en los siglos doce y trece los nacionalismos no se habían todavía acentuado como sucedió más tarde, no obstante desde entonces se nota ya una viva resistencia. En Inglaterra, por ejemplo, Juan de Salisbury escribió a propósito del sínodo de Pavía del cual hemos hablado: "¿Quién ha constituido a los Teutones en jueces de las naciones? ¿Quién ha dado a esos hombres brutales y violentos el poder de imponer a su gusto a un príncipe para gobernar a los hijos de los hombres?" En Francia, especialmente después del siglo trece, los reyes consideraron su corona in-

dependiente del Imperio. Tenían a su favor la autoridad de un célebre decretale de Inocencio III que no reconoce para ellos a ningún superior en lo temporal. Sacaron igualmente ventaja de una fórmula que se encuentra en los escritos de un canonista del principio del siglo trece: "El Rey es Emperador dentro de su reino".

La autoridad del Papa como árbitro supremo de la Cristiandad nos parece mucho menos discutida. Independiente de toda discusión teórica sobre el fundamento del poder temporal del Papado, su derecho de intervención en los conflictos entre soberanos, a nombre de la paz, de la unión y de la moral cristianas, ofrece apenas dificultades. Ya en el siglo nono, al intervenir Gregorio IV en la lucha entre Luis el Piadoso y su hijo con ocasión de la segunda partición del Imperio (833), escribe a los obispos: "¿Cómo podéis vosotros como también vuestras Iglesias oponeros a Mi al cumplir yo con una misión de paz y de unión, que es un don de Cristo y el ministerio del mismo Cristo?" En 1077, después de la Dicta de Forchheim, que depuso a Enrique IV, para elegir en su lugar a Rodolfo de Suabe, recurrieron el depuesto y el usurpador al arbitraje de la Santa Sede. Gregorio VII se apuró en aceptarlo, pues tal conflicto podría "entrañar para la Iglesia Universal una grande y lamentable perjuicio". A principios del siglo XIII vemos a Inocencio III intentar repetidas veces restablecer la concordia entre Juan Sin Tierra y Felipe Augusto. Motivaba su rol de árbitro con los textos del Evangelio sobre la paz, y cuando el rey de Francia, en un acceso de mal humor, le significaba que no debía entrometerse en los asuntos de su reino, le respondió que su intervención tenía por base una jurisdicción no de orden feudal (non razione feudi), sino de orden moral (occasione peccati!).

La autoridad pontificia llegó entonces en resguardo de la unidad cristiana a reemplazar, fuera del plano feudal, frente a los príncipes laicos, aquellas funciones de juez y de árbitro que correspondían por natura-

leza a un soberano. Era una gran tentación para la Santa Sede entrometerse más adentro en el organismo feudal, para llegar a ser de este modo el amo de toda la Cristiandad. Desde los tiempos de Gregorio VII, varios soberanos se habían constituido a sí mismo vasallos del Papa; así los príncipes normandos del Sur de Italia, los Reyes Cristianos de España, el Rey de Hungría y el Duque de Croacia-Dalmacia. Bajo Inocencio III la multiplicación de los Estados vasallos de la Santa Sede llegó a ser un verdadero sistema político. En 1213 por ejemplo ella rehusó obtener el homenaje del rey de Inglaterra; en su respuesta felicitó a Juan Sin Tierra "por haberle sometido también temporalmente su reino que ya lo era espiritualmente, de tal suerte que en la persona del Vicario de Cristo se hallan unidas la autoridad real con la sacerdotal, como el cuerpo con el alma, para mayor provecho de ambos".

¿No llegaría también el Imperio de su parte a ser un feudo del Papado? A pesar de ciertas resistencias, teólogos y canonistas del siglo XIII optaron por la afirmativa, esto era la consecuencia de su tesis, según la cual los dos poderes, el temporal y el espiritual se hallaban juntos en manos del sucesor de San Pedro, Vicario de Jesucristo. Aunque es bastante dudoso que a fines del siglo doce Enrique VI haya prestado homenaje en nombre del Imperio al Papa Celestino III, el carácter feudal del juramento prestado a Bonifacio VIII en 1303 por el rey de los Romanos Alberto I, parece ya mejor atestiguado. En fin, en 1313, el Papa Clemente V, en su Constitución "Romani Príncipes" no vacilaba en declarar que el emperador Enrique VII, con ocasión de su coronación, se había obligado para con la Iglesia, por un verdadero juramento de fidelidad.

Mientras el Emperador no rehusaba hacerse reconocer como soberano del mundo entero, el Papado no llegó a la admisión de su señorío universal. Se expone en Francia a una hostilidad que llega al paroxismo bajo Felipe el Hermoso; de parte del Impe-

rio encuentra una enérgica resistencia de parte de Enrique VII y muy en especial de Luis de Baviera en el curso del siglo catorce. Esta última lucha tuvo por epílogo la publicación de la "Bula de oro" que consagró definitivamente la independencia del Imperio.

Se puede apreciar de diferente manera las aspiraciones pontificias e imperiales a la dominación universal. Pero sería un error no querer ver en ellas más que miserables ambiciones. Ellas representaban en suma el aspecto político de este sentimiento, se podría decir de esta religión, de la unión que ya hemos visto extenderse en el dominio propiamente religioso e intelectual, y este sentimiento no carece de grandeza. Si no se pudo dar a la Cristiandad medioeval una unidad política tan firme como su unidad religiosa, se le ha asegurado de todos modos una cohesión suficiente para considerarla como una verdadera comunidad orgánica, bajo la dirección religiosa y moral, si no política, del Soberano Pontífice.

Es esta la constitución orgánica de la sociedad medioeval que ha hecho posible el desarrollo de ciertas instituciones cuyo carácter internacional ha llamado la atención de los teóricos. Ya hemos mencionado las Universidades; será suficiente señalar rápidamente algunas otras, refiriéndonos para los detalles a las obras técnicas ya citadas.

Aquí están en primer término las organizaciones a favor de la paz. Se sabe las horas de angustia que atravesaba la Cristiandad entre los siglos nueve a once. Las devastaciones por los Normandos y por los Húngaros, la multiplicación de las guerras privadas, las hazañas de los salteadores habían llevado al colmo la inseguridad general. La iniciativa partió de los concilios provinciales de Charroux, de Narbona y de Puy, a fines del siglo diez. Estos lanzaron la excomunión contra los ladrones y los pillos y el concilio de Puy (990) hasta preparaba una liga a favor de la paz. El movimiento, una vez desencadenado, se extendió rápidamente. En la primera mitad del siglo once se multiplicaban las asambleas de paz.



Ellas no dieron solamente ocasión a atractivas ceremonias, los "pactos de paz" las que instituyeron, procurando hacer respetar sus decisiones, si fuere necesario, hasta por la fuerza.

A la "paz de Dios" cuyo objeto era sustraer a las violencias de los guerreros ciertas categorías de personas y de bienes, se agregó pronto la "Tregua de Dios"; esta debía hacer más difícil la guerra misma, interrumpiéndola frecuentemente, bajo el pretexto de santificar ciertos días más solemnes del año litúrgico.

Después de Francia conocieron también Alemania, Italia y España de su parte la cooperación de las instituciones de paz. Los reyes se interesaron por ellas en buena hora. En Agosto de 1023, en Mouzon sobre el Mosa, se encontró Roberto el Piadoso con Enrique II de Alemania para establecer las bases de una pacificación universal; este proyecto, que reveló mucha buena voluntad y sentido práctico de parte de los dos soberanos, quedó en suspenso al morir Enrique II prematuramente en el año siguiente.

En los últimos años del siglo once, el Papado librado ya de las inmiscuiciones imperiales debido a los esfuerzos de Gregorio VII, tomaba él mismo la dirección de este gran movimiento en sus manos. En 1095 promulgó Urban II en Clermont la paz y la tregua de Dios como leyes universales del mundo cristiano.

Los documentos de los siglos siguientes se refieren a menudo a la paz y a la tregua de Dios; no debe ser motivo de desilusión para nosotros la circunstancia, de que hayan caído en olvido. Estas instituciones no obtuvieron respecto a la pacificación todo el éxito que se podía esperar. Sin embargo, sería injusto de declararlos sin interés: empezaron una gran obra, que perfeccionaron los soberanos y representan para la organización internacional de la paz un bosquejo que no tenemos el derecho de despreciar.

Las cruzadas revelan otro aspecto de la vida internacional de la Edad Media. Lejos de ser expediciones improvisadas, tienen co-

mo punto de partida un plan grandioso y perfectamente estudiado. La primera de ellas, que provocó el más grande entusiasmo popular, fué objeto de una preparación metódica de parte del Papa Urban II. Hasta el siglo dieciséis permanecieron las cruzadas una de las grandes ideas políticas de los Papas. Sin duda, la mala voluntad de algunos príncipes hizo fracasar muchas veces las iniciativas del Papado, sus miras egoístas provocaron las más lamentables desviaciones. Pero el recuerdo de todos estos inconvenientes no debe hacernos olvidar la amplitud del papel que llenaron los Soberanos Pontífices en esos levantamientos en masa de la Cristiandad. Dice con mucha razón el R. P. de la Brière: "La Superintendencia de las cruzadas era una manifestación característica de la magistratura internacional de los Papas de la edad media y de la existencia de un "consortium" orgánico de los pueblos de la Europa cristiana bajo su influencia y su dirección. Verdaderamente, aquí se ve en el acto una "República Christiana".

La práctica bastante regular del arbitraje universal revela igualmente la contextura orgánica de la vieja Cristiandad. Según hemos visto, cumplieron los Papas muchas veces esta función, al mismo tiempo que la de guardianes de la unidad y de la paz cristianas. De esta manera, quedaron las cosas hasta fines de la edad media. Así, por ejemplo, fué Inocencio VI quien llegó a negociar la paz de Brétigny entre Inglaterra y Francia (1360). Los legados del Papa presidieron en 1435 la gran conferencia internacional de Arras, al declinar la guerra de cien años (1453).

Pero los Soberanos Pontífices no eran los únicos árbitros de aquella época. Los arbitrajes entre príncipes fueron empleados con notable frecuencia desde el siglo trece al quince—probablemente algunos centenares en el curso de tres siglos, según M. van Vollenhoven,—después del cual cesan bruscamente. M. Novacovitch, uno de los entendidos, que ha estudiado más a fondo esta cuestión, ha podido escribir: "Los

hombres de la edad media han tenido la noción de una institución de arbitraje permanente y en ciertos instantes pensaron en la posibilidad de someter regularmente sus diferencias al arbitraje".

En resumen: el carácter orgánico de la Comunidad medioeval se deriva de su unidad religiosa, profundamente sentida y vivida. Esta unidad religiosa ha tenido por consecuencia inmediata una tendencia muy acentuada hacia la unidad de cultura intelectual, gracias a la organización de las Universidades. Ella ha inspirado igualmente las tentativas, siempre renovadas, de unificación política dentro del marco del sistema feudal. Ella ha favorecido finalmente el desarrollo de ciertas instituciones de orden internacional, tales como la paz, la tregua de Dios, las Cruzadas y el arbitraje. Sin querer disimular la naturaleza muy laudable de esta constitución política y social de la Cristiandad y el fracaso final de todas las organizaciones para salvaguardar la paz creemos poder considerarlas como un ensayo bastante interesante de la vida internacional.

---

Antes de echar un golpe de vista sobre el organismo internacional moderno que es la Liga de las Naciones, será preciso primero de seguir la disolución de la vieja Cristiandad en lo temporal y en lo espiritual; en lo espiritual por la Reforma; en lo temporal por la ascensión de los nacionalismos que desde el siglo catorce redujeron casi a la nada el prestigio imperial. Será preciso analizar este sistema empírico llamado de Equilibrio, por el cual las potencias nuevas desde el siglo diecisiete intentan asegurar su coexistencia en Europa. Sólo podemos remitir al lector otra vez al hermoso libro del R. P. de la Brière. Con gran precisión jurídica examina el autor los grandes problemas establecidos en la Comunidad internacional durante el período inorgánico desde el siglo dieciséis hasta nuestros días: el valor filosófico y la moral del principio de equilibrio y del principio de las nacionalidades, el derecho de guerra,

el derecho de represalias, la cuestión tan discutida del paso de los beligerantes por territorio neutral.

Para la tarea presente será suficiente de caracterizar por comparación con la comunidad medioeval, la nueva comunidad internacional, todavía muy reciente y que se esfuerza, no sin bastante trabajo de vivir y de desarrollarse.

Ella quiere ser primero, como la Cristiandad de la edad media, un organismo y hay que confesar que, vista de fuera, considerada del punto de vista jurídico y administrativo, ella representa una cohesión, una organización muy superior al de su hermana mayor. La Sociedad de las Naciones ha nacido de un pacto formal celebrado entre potencias soberanas; ella ejercita su función reguladora de la vida internacional por su asamblea anual, su consejo, su secretaría general con sus innumerables oficinas, su Corte permanente de justicia internacional. Ella dispone, como medios de acción, de todos los progresos modernos: telégrafo sin hilos, teléfono, aviación, ferrocarriles, etc. La comparación resultaría abrumadora, para la Comunidad medioeval, si las potencias contratantes no entenderían guardar su entera libertad de acción frente a un organismo tan bello. Esto es, en efecto, una primera y esencial diferencia entre las dos comunidades. La primera se presenta, como hemos visto, una especie de vasta jerarquía de soberanos y vasallos bajo la suprema soberanía moral del Sumo Pontífice. La segunda ha nacido de un pacto entre estados muy recelosos de su soberanía y que no quieren bajo ninguna condición considerar a la Liga de las Naciones como un Super-Estado.

"El organismo de Ginebra", dice el R. P. de la Brière, "no posee sobre las potencias participantes, ningún derecho de soberanía ningún derecho de supremacía. Pero sin estar superpuesta a los Estados nacionales, parece más bien que la Sociedad de las Naciones fuera juxtapuesta a cada uno de ellos, como una persona soberana de derecho público internacional, como potencia

sui géneris, cuyo papel distintivo está especificado por la gestión de asuntos de interés común y universal, conforme al pacto internacional de 1919.

Diferentes en su estructura, lo son las dos comunidades también en su origen. El principio de la organización de la Cristiandad medioeval hay que buscar en la unidad religiosa. Los antecedentes de la Liga de las Naciones son enteramente distintos. Sería ingenuo de creer que ella haya nacido espontáneamente de las ideas del presidente Wilson y del entusiasmo por él provocado. En realidad: la fundación de la comunidad orgánica de las naciones procede de causas económicas y sociales muy precisas. Como base hay que considerar una serie de hechos característicos de la época contemporánea, cuya importancia va creciendo constantemente: la interdependencia económica entre los pueblos, como consecuencia del desarrollo prodigioso del comercio y de la industria, de la multiplicación y aceleración de los medios de transporte; la penetración mutua de los pueblos, que se manifiesta por la presencia de una fuerte minoría extranjera en cada uno de los Estados nacionales; la creciente similitud de los hábitos sociales como consecuencia de las exigencias de los acontecimientos, de la rapidez de las informaciones y de la facilidad de las relaciones entre los países más distanciados.

Los fenómenos tan complejos de la vida moderna han engendrado un internacionalismo de hecho, que progresa más cada día y esto en despecho del nacionalismo celoso de los grandes Estados y la existencia de un organismo internacional propiamente dicho. Sin duda, después del ambiente del siglo diecinueve llena de múltiples convenciones entre los Estados, se ha hecho el ensayo de conjurar las necesidades más urgentes en esta clase de actividades. Pero el ritmo acelerado de la evolución ha desvirtuado estas convenciones, a causa de su propia multiplicidad. Hacia falta otra cosa, un centro internacional para simplificar y coordinar al procedimiento y para dar al fin

a la vida internacional un órgano regulador.

Resulta así sorprendente la diferencia de origen tan profunda que separa a la comunidad medioeval de la Sociedad organizada de las Naciones. Las causas de orden material y económico que necesita la organización del mundo en la hora presente se conocieron apenas en la edad media. En aquella época la unidad de la vida intelectual, social y política ha sido postulado en todo por las exigencias de un principio espiritual: el principio de la unidad religiosa. En nuestro tiempo, la unidad orgánica de los pueblos tiene su fuente en los requisitos imperiosos del bien común de orden temporal.

Agreguemos que en el mundo moderno, la evolución realmente precipitada por el internacionalismo económico, se ha vuelto más apremiada a consecuencia de la catástrofe final: la gran guerra, que lanzó a los desesperados nacionalismos el uno contra el otro. La extensión y la profundidad del caos político, el derroche inaudito de vidas humanas durante el transcurso de las hostilidades, el miedo de una catástrofe aún más formidable, ya que el progreso científico aumenta sin cesar la potencia de las armas destructivas, todas estas causas han influenciado en que los Estados se hayan decidido al fin de unirse entre sí por un pacto y una organización, que, sin menoscabo de su soberanía, facilite la reglamentación de los problemas internacionales y permita resolver en forma amigable los grandes conflictos políticos.

También la edad media ha conocido estos pactos y estas organizaciones contra la guerra. La paz y la tregua de Dios, el procedimiento de arbitraje, representan, como hemos visto, anticipaciones muy interesantes de las instituciones modernas; solamente que ellos se han desarrollado dentro de una comunidad ya existente en cuya creación no han tenido parte.

Esta profunda diferencia entre la Cristiandad medioeval y la Sociedad de las Naciones explica la desemejanza radical de sus

aspectos. La vieja Cristiandad, nacida de la fe religiosa, queda enteramente impregnada de ella; todos los actos de la vida social y política llevan el timbre del Catolicismo. Las constituciones de los emperadores y las bulas de los Papas hablan un mismo lenguaje. En esta época se confunden, de un modo muchas veces incomprensible para nosotros, lo espiritual y lo temporal, lo que corresponde al derecho natural y lo que atañe al orden sobrenatural. Sólo al llegar al fin del siglo trece, vemos formarse (gracias a la influencia de la Política de Aristóteles) una teoría laica del Estado, basada no en una religión relevada, sino en el derecho natural; pero esta teoría se transformará en práctica sólo por medio de una evolución muy lenta.

La Sociedad de las Naciones reviste, al contrario, un carácter enteramente laico y temporal. De allá viene, que no se la considere solamente como una asociación de intereses materiales y económicas; aquellos que quieren darle a ella un alma, no pretenden, aunque ellos mismos sean cristianos, unirla a una confesión religiosa positiva. Más conscientes que sus mayores de la edad media de guardar distancia entre el orden natural y el orden sobrenatural, apoyándose además en el ejemplo de ilustres teólogos del siglo dieciséis, Vitoria y Suárez, busca de dar a la Sociedad de las Naciones un principio de vida, una regla de justicia y moralidad en un derecho de gentes distinto el de las verdades reveladas, pero basado ampliamente en el derecho natural.

“La organización internacional”, dice el R. P. de la Brière en el hermoso síntesis con que termina su obra, “no tendrá probabilidad de vivir y de durar sino al echar hondas raíces en el derecho natural. Luego, para la filosofía espiritualista y, con mayor razón para la filosofía cristiana, la autoridad del derecho natural viene precisamente de que interpreta, mediante la naturaleza del hombre y de la naturaleza de las cosas, aquella ley superior eterna y divina, de la cual cada una de las justas leyes en este mundo deriva su valor obligatorio y su sanción de lo alto”.

El reinado de este derecho natural humano sobre la Sociedad de las Naciones no impedirá por otra parte la humanidad de apartarse a lo largo de las influencias espirituales. ¿Los teólogos católicos no consideran en efecto la naturaleza humana como destinada a un fin más alto que ella reclama en secreto, y que sin embargo no puede alcanzar ni merecer por sus propias fuerzas?

Pero la diferencia subsiste y la Sociedad de las Naciones, aunque tenga su vida por el derecho natural, ya no es del mismo modo, que la antigua Cristiandad, la Ciudad de Cristo.

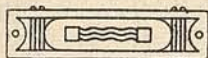
Tales son, a nuestro entender, las diferencias fundamentales de los dos organismos. A la Cristiandad jerarquizada de la edad media se opone el *consortium* moderno de las potencias que hasta ahora no piensan en someterse a la dominación por un Super-Estado. A la Cristiandad cuya constitución deriva de un principio espiritual, se opone una Sociedad de Naciones, que postula ante todo por las cuestiones de orden político y económico. Al carácter esencialmente religioso de la comunidad de la edad media se opone el carácter estrictamente civil y temporal de la Comunidad moderna.

De buenas ganas terminaríamos con un voto de felicitación. Se puede reprochar a la unidad cristiana de la edad media de haberse encerrado un poco demasiado en el dominio religioso e intelectual, de no haber bajado bastante a la tierra a fin de organizar más completamente los intereses materiales de la humanidad. La Sociedad de las Naciones parece incurrir en el error contrario: nacida de la evolución económica y de las decepciones del nacionalismo, hace meritorios esfuerzos en favor de la organización temporal de la humanidad; talvez no se preocupa bastante de la terrible anarquía espiritual y moral en que se debate el mundo moderno. Ella podría de acuerdo con la Religión de Cristo, traer a la sociedad humana la paz y la unidad espiritual y moral, sin la cual todos los reglamentos, todas las organizaciones y todas las policías del mundo resultarán impotentes.

# Así pensó Giovanni Papini

“Durante la guerra estaba yo profundamente conmovido por el horroroso espectáculo de tantas ruinas y de tantos sufrimientos. Me entregué a la lectura de esto y de aquello y finalmente también del Evangelio, el cual ya había leído antes algunas veces, pero siempre con desconfianza y con ánimo hostil. Al meditar entonces el Evangelio y especialmente el sermón de la montaña, surgió en mí la idea que la única salud para los hombres y el camino seguro de salvación consistía en un cambio fundamental de los sentimientos de las almas, es decir en la transformación del odio en el amor. Por primera vez ví en el Cristianismo el remedio contra los males de la humanidad. Más tarde me convencí que Cristo, que enseñó una moral tan contraria a la naturaleza humana, no sólo podía ser hombre, sino que debía ser Dios. Desde este momento me encontraba bajo la influencia misteriosa, pero al mismo tiempo tan eficiente de la divina gracia. Tanto creció ahora en mí el amor hacia el maes-

tro divino del amor que resolví escribir la “Historia de Cristo”, no para desahogarme a mi mismo, mucho menos aún por vanagloria, sino para ayudar a uno que otro de mis hermanos. Sólo después de haber terminado mi obra, sentí en mí la necesidad de ingresar a la Sociedad fundada por Cristo. ¿Pero cuál de las Iglesias sería la fundada por Cristo? Entre tantas Iglesias me decidí por la Católica, pues sólo ella representa verdaderamente el tronco del árbol que plantó Jesús. Según mi opinión ofrece ella al hombre las condiciones más perfectas para la elevación de su ser. En ella florece en sobreabundancia y en forma brillante aquel tipo del héroe que yo considero el más grande de todos: el santo. El hombre, colocado en el medio entre el animal y el ángel, está destinado a desenvolverse de hombre-animal a hombre-santo, siguiendo el sendero que le indica el sermón de la montaña”.



## “VERDAD”

PUBLICACION QUINCENAL  
ORGANO DEL PENSAMIENTO CATOLICO

Colaboran: Carlos Silva Vildósola, Ricardo Boizard, Oscar Larson, Eduardo Frei Dr. Julio Santa María. Luis Barrantes Molina, Manuel Larrain, Dr. Ignacio Matte Blanco. Carlos Rosan. Dr. Arturo Droguett del Fierro, Enrique Soianich, Manuel Marchant Herrera, etc.

HUMBERTO PINTO DIAZ,  
Director.

## Noticias Religiosas

**HOLANDA:** Con los votos a favor de los católicos y de los protestantes anti-revolucionarios y en contra de los socialistas y de los liberales, acaba de aprobar la Cámara holandesa una ley contra la blasfemia. Hubiéramos deseado que esta ley contemple la blasfemia en su verdadero alcance como ultraje al Supremo Hacedor, pues sólo establece sanciones por la ofensa que se infiere a los sentimientos religiosos del prójimo. De todos modos, es algo.

**FRANCIA:** Mademoiselle Ivonne Hautin, que hace pocos años era una famosa y aclamada actriz de la Comedie Française, ha hecho su profesión religiosa en un Convento de Monjas Benedictinas. Asistieron a la solemne ceremonia sus ex-compañeras de teatro.

**AUSTRIA:** Las hermanitas de la "Caritas Socialis", Congregación fundada por el ilustre prelado y ex-canciller Monseñor Seipel, recientemente fallecido, proyectan levantar un templo en su memoria, que será dedicado a Cristo-Rey. Estará situado en un barrio populoso de Viena, que carece de iglesia. Se ha nombrado una comisión especial para este objeto bajo el patrocinio del Presidente Miklas.

**JAPON:** En todos los círculos del Imperio del Sol Naciente reina un gran interés por los sucesos de Konnersreuth. Para satisfacerlo se ha publicado un libro en japonés sobre Teresa Neumann. Lo más notable es, que este libro fué escrito por un predicador anglicano, entusiasta admirador de los fenómenos de Konnersreuth y que simpatiza mucho con la Iglesia Católica. La introducción está redactada por un profesor universitario japonés que el año

pasado visitó a Teresa Neumann, quedando convencido de la autenticidad de los fenómenos.

**INDIA:** En Kalimpong (Prefectura Apostólica Sikkin) se convirtió en Octubre del año pasado el párroco presbiteriano Rev. Sitling con toda su familia y algunos feligreses al Catolicismo. Eran en total 53 personas. Luego siguieron otras más y el movimiento continúa. Mientras hace 2 años apenas había 40 católicas en el pueblo, ahora su número ha crecido en tal forma que los superiores de la misión ya se llevan con el proyecto de fundar un Colegio Católico.

Hace más o menos 2 años causó sensación la conversión del Arzobispo Jakobita Mar Ivanios al cual siguieron hasta mediados del año en curso un obispo, un buen número de sacerdotes y 8,000 jacobitas a los cuales hay que agregar unos 800 paganos. (Los jacobitas son una secta cismática que habitan en el Sur de la India).

Las conversiones aumentan constantemente, de tal modo que Mar Ivanios se lleva con el proyecto de fundar dentro de su jurisdicción un Seminario para sacerdotes convertidos, tanto jacobitas como anglicanos. Gran parte de este año pasó el Arzobispo en Europa. El 2 de Marzo recibió el palio de manos del Santo Padre; siendo el sirio su idioma litúrgico y no entendiéndolo el latín, se le permitió rezar el "Credo" en inglés. Para darse cuenta de la importancia de esta conversión damos este dato: existen esperanzas fundadas que hasmedio millón de jacobitas sigan poco a poco a su prelado.

Mar Ivanios juzga como sigue el Cisma Oriental: "La Iglesia debe ser una y no debe tener sino una sola ca-

beza. Esta cabeza no puede ser sino el obispo de Roma, sucesor de San Pedro. La Iglesia Oriental, necesita con suma urgencia una renovación que sólo con la vuelta hacia Roma puede realizarse. Unión y colaboración de las fuerzas del Cristianismo, paz y concordia, todo esto encontraremos estando en comunión con la Santa Sede en Roma. El Santo Padre ama a la Iglesia Oriental y está dispuesto hacer todo lo que pueda para sanar la herida del cisma y para unir las iglesias Cristianas... El Cisma es un grave pecado y la herida más honda en el corazón de Nuestro Señor. El Cristianismo pasa actualmente por una gravísima prueba, tal vez la más trascendental que Dios le haya impuesto jamás. El mundo moderno ha provocado la fe y las verdades sobrenaturales y la sociedad amenaza derrumbarse. Solamente una Iglesia unida puede salvarlo todo y devolver a Rusia y al resto del mundo a Cristo. La situación en Rusia es una prueba que nuestra casa está en llamas. Sólo una casa bien cimentada puede resistir a estos embates". (Estas frases están tomadas de una carta del Prelado a un sacerdote ortodoxo de los Estados Unidos, donde han causado honda impresión).

**NUEVA YORK:** En los Estados Unidos son tan frecuentes las conversiones de miembros de las sectas protestantes al Catolicismo, que muchas de ellas pasan casi desapercibidas. Tanta mayor sensación causan las conversaciones de judíos, que han aumentado notablemente en el curso de los últimos años. En el famoso Ghetto de Nueva York tienen los Padres Redentoristas una parroquia y al celo de ellos se debe la mayor parte de las conversiones.

Hace poco celebró el Rev. P. Arturo Klyber su primera misa en dicha parroquia. Nacido de padres polacos,

en Nueva York, se convirtió al Catolicismo en el año 1919; sus padres y hermanos se opusieron tenazmente a la protesta de los suyos. Una vez este paso, pero el joven Klyber esperó hasta haber llegado a la mayor edad y entonces se hizo bautizar no obstante cristiano, ingresó al Seminario menor de los Padres Redentoristas en Kirkwood, terminando más tarde sus estudios en North East, Pennsylvania.

En su primera misa le sirvió de padrino el P. Hepner, de la misma congregación religiosa, también un judío convertido. Asistieron a la solemne ceremonia los hermanos del celebrante y algunos rabis del Ghetto. Sus hermanos, todavía judíos, fueron los primeros en besar las manos del nuevo sacerdote y en recibir la bendición.

Actualmente el P. Klyber ejerce su ministerio en Philadelphia en cuya Catedral está establecida la obra nacional para la conversión de los judíos.

**DINAMARCA:** Este año se celebró en Copenhague el primer Congreso Eucarístico Escandinavo, con un éxito que ni el mismo presidente, Monseñor Breina, Vicario Apostólico de Dinamarca hubiera esperado. Era tal el entusiasmo, que uno de los más importantes diarios de aquella capital escribió: Parece que ha vuelto la Edad Media en que todo Dinamarca era católica. De todas las regiones del país acudieron los fieles, hasta de la isla de Bornholm, que dista diez horas de viaje por mar del continente. A la procesión asistieron unos diez mil católicos y mayor era el número de los heterodoxos que con el mayor respeto presenciaron el solemne acto. Lo mismo sucedió durante las misas pontificales, Comuniones generales, asambleas, etc. ¿Quién hubiera creído en un triunfo tan espléndido de la Eucaristía en un país que parecía un baluarte inexpugnable del Protestantismo?

**ESPAÑA:** Bajo el título "Lo Sobrenatural flota en el ambiente", escribe el "Mensajero del Corazón de Jesús" de Bilbao lo siguiente: (Octubre 1932).

"Aún ciñéndonos a la suma discreción que en este punto siempre nos imponemos, no podemos dejar de llamar la atención sobre los fenómenos sobrenaturales, al parecer que se presentan en este mundo. Es curioso el modo de argüir de algunos, que dicen: ¡Milagros! ¡Ya no hay milagros, es cosa notable que en nuestros tiempos no haya milagros! Pero les contáis algún milagro de nuestro tiempo, y cambian de dicho y replican: No puede ser, es increíble!

Pues no es así: hay milagros en nuestros días y muy probados y claros. Y podemos decir que lo sobrenatural flota entre nosotros. No queremos prejuzgar nada de lo que citamos; pero creemos merece la pena de fijarnos en ello. Desde luego tenemos las curaciones de Lourdes muchas de las cuales son tales que ningún médico puede dar explicación natural de ellas. El Santo Cristo de Limpías miraba prodigiosamente muchas veces. Y algunos piensan que aquello no fué nada, porque ya no siguen los prodigios. Ahora bien, ¿no será precisamente eso una prueba de que aquellos fenómenos eran prodigiosos? ¿No existe el mismo Cristo, en el mismo sitio, y no está visitado por muchos? Y no observan estos ningún prodigio?, ¿verdad? ¿No es esto una prueba de que entonces había algo que ahora no hay? ¿qué será eso?

Llama la atención del mundo la vida inexplicable de Teresa Neumann y sus prodigiosos fenómenos.

Los escritos de la Madre Rafols son algo extraordinario entre lo extraordinario, algo sencillamente pasmoso.

La coloración de la Santa Espina de Adria cuando coinciden el día de la

Encarnación y el Viernes Santo se repitió este año.

La licuación de la sangre de San Genaro es el pan de cada año.

La licuación de la sangre de San Pantaleón, en el Convento de la Encarnación, en Madrid, ha podido observarse este año muy bien entre nosotros.

La sangre que aparece en la mano de un Corazón de Jesús en una casa privada, sangre que fluye y cae y, examinada, da las componentes de la sangre humana de un varón fuerte y bien atemperado, es fenómeno que han visto muchos, a alguno de los cuales he oído la descripción del caso que presencié.

La sangre de San Pantaleón parece que este año ha ofrecido un aspecto singular. Suele de ordinario presentar el aspecto de una bolita de cera; el 26 de Julio, desde las primeras vísperas de San Pantaleón suele licuarse y queda como una bolita en las últimas vísperas del 27. Este año, han visto el fenómeno el Dr. Grinda y otros eminentes médicos, sin encontrarle explicación. También se licuó, entre otros días, el 23 de Septiembre de 1914, año de la guerra mundial. Dice la Priora que se licuó también cuando el famoso dengue, en los terremotos de Andalucía, en la guerra de Ultramar y pérdida de las Antillas, en la semana sangrienta, al morir León XIII, y en otras calamidades. Ahora se licuó el 26 de julio y dicen que también se licuó cuando la quema de los conventos.

Lo que decimos es que lo sobrenatural flota en el ambiente, en estos y en otros muchos fenómenos que no saben explicar los sabios.

**JAPON:** Según las últimas estadísticas contaba el Japón a mediados del año 1931 con 96,323 católicos sobre un total de 64.700,557 habitantes. De los católi-



cos corresponden 54,542 a la diócesis de Nagasaki, administrada por el Obispo Msgr. Hayasaka. El clero se compone de 198 misioneros extranjeros y de 63 sacerdotes japoneses. El número de los seminaristas asciende a 224. Entre las monjas dedicadas a las diversas actividades de la caridad cristiana hay 230 nacionales. Colegios secundarios para hombres hay 6 con una asistencia de 2733 alumnos, para niñas 25 con 6,862 educandas. El progreso del Catolicismo en el Japón es lento pero constante. Contra 1,462 bautizos de adultos en 1929-30, hubo 1,722 en 1930-31.

Muy celebrada ha sido en los círculos católicos del Japón la fundación de una colonia Social Estudiantil en el barrio indigente de Mikawashima; a este respecto escribe en el "Diario Católico japonés" el sacerdote Dr. Tot-suka: "Debemos agradecer en forma muy especial a la Jochi Daigaku (Universidad Católica) que, junto con la noticia de la inauguración de su obra, nos indica el camino que nosotros, los católicos debemos tomar. Ganar las almas de los pobres y de los proletarios es cuestión fundamental para el Catolicismo. Si no lo conseguimos, el Evangelio quedaría para la mayor parte del pueblo japonés nada más que en palabras vacías. Si nosotros no conquistamos aquellas almas, ellas serán una presa del comunismo. Y la responsabilidad recae también sobre nosotros, por nuestra falta de energía y de actividad. Por esto damos las gracias a la Jochi Daigaku por haber dado un paso tan importante hacia la realización de las teorías sociales. A medianoche del 25 de Diciembre de 1931 se celebró la primera misa en el barrio de Mikawashima, repartiéndose regalos a más de trescientos niñitos pobres.

Muy satisfactorios son los progresos de nuestra religión en la Universidad

de Tokio. En el curso del año 1931 hubo 24 conversiones (contra doce en el año anterior), entre ellas las de dos profesores.

Cerca de Tokoi abrieron los Padres Franciscanos Canadienses una casa que servirá especialmente de Noviciado y casa de estudios para obtener vocaciones para la misión.

El 15 de Diciembre de 1931 fué inaugurado el Hospital Católico en Shimo-Ochiai, cerca de la capital del Imperio. Pertenece a las Misioneras Franciscanas. Entre las monjas que lo atienden hay una doctora en medicina y 13 enfermeras. Hay además cinco médicos de planta.

En Noviembre del año pasado se llevó a efecto, la primera asamblea de la Acción Católica del Japón, con asistencia del Delegado Apostólico.

Se trató especialmente sobre la formación de la Acción Católica en las parroquias. Un representante de la juventud manifestó la disposición de los jóvenes católicos de cooperar a medida de sus fuerzas y bajo la dirección de los misioneros a la extensión del reinado de Cristo.

El 6 de Diciembre se reunieron en la Universidad Católica bajo la presidencia del Excmo. Arzobispo los delegados de la misma y de las Universidades Imperial, Waseda, Keio y Hosei, a fin de echar las bases de la Acción Católica en los círculos académicos. Se fijó como sede central la Universidad Católica, quedando designado presidente de la Acción el P. Heuvers S. J.

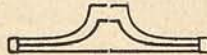
En Sapporo está desarrollando un apostolado muy interesante el P. Hugolin Noll O. F. M., publicando una serie de escritos, sobre las ideas católicas destinados para la intelectualidad pagana.

Las monjas dominicanas que en Takao (Formosa) dirigen la obra de la Santa Infancia, recibieron una impor-

tante ayuda financiera del peculio personal del Emperador. El Monarca, con ocasión del aniversario de la muerte de su padre, distribuyó donaciones a diferentes obras de beneficencia y si se acordó también de las Monjas Dominicanas, se debe esto a la especial recomendación de la Princesa Fushimi que en 1929 tuvo ocasión de visitar la obra y conocer así el trabajo meritorio de las monjas.

**AFRICA:** En el año 1928 encargó el Delegado Apostólico en Africa del Sur, Excmo. Msgr. Arzobispo Giljwijk, O. P. al Vicario Apostólico de Marianhill, Mons. Fleischer, R. R. M., oficialmente la fundación de un Seminario Central para vocaciones indígenas de toda el Africa del Sur, pues como los candidatos aumentaban cons-

tantemente, ya no era posible atender su educación en debida forma. Como los recursos eran insuficientes se resolvió hacer cada año una colecta en todos los vicariatos y prefecturas apostólicas interesadas. La Obra progresó rápidamente, y el 28 de Junio de 1931 ya pudo verificarse la inauguración del Seminario. Con esta ocasión predicó en la Capilla del Establecimiento el Vicario Apostólico de Natal en inglés y en el patio del Seminario, donde se habían reunido los fieles indígenas predicó Monseñor Hanisch, R. M. M., Prefecto Apostólico de Imtata, en idioma zulú. La Bendición era a cargo del Delegado Apostólico y el gran Pontifical lo cantó el Vicario Apostólico de Eshowe, Monseñor Spreiter, O. S. B.



## La Iglesia y la civilización

**“Dondequiera yo he observado en el mundo la acción de las Misiones Católicas: en la China, en Africa, etc., en todas partes he visto la misma labor eficiente y el acabado espíritu de sacrificio, siempre la misma divisa “ora et labora”, y también el mismo y manifiesto éxito. Yo felicito a la Iglesia católica e imploro la bendición divina sobre sus obras”.**

**GENERAL TROTHA.**

**“En lo que se refiere a su importancia como factores de cultura, sobresalen indudablemente, y en grado sumo, las misiones católicas por encima de todas las de otras confesiones”.**

**MAYOR VON WISSMANN.**

(Los dos militares alemanes cuyas opiniones hemos citado, no son católicos).

# BIBLIOGRAFIA

**ASI ES RUSIA**, por Johan Philipp. Un nuevo opúsculo del Editorial Splendor. Lo que vió un ingeniero alemán en la Unión Soviética.

Lleno de entusiasmo profesional se dejó contratar para instalar "la más grande" fábrica de carpintería metálica en el viejo mundo, que forma parte del famoso plan quinquenal, que es el fracaso más absoluto. Incompetencia, burocracia, falta de organización arriba, miseria y hambre, abajo, esto es lo que vió el protagonista. "Un hondo suspiro de alivio se escapa de mi pecho en el momento de instalarme en el "Expreso de Siberia... y este expreso lleva sesenta horas de atraso!".

**LUCRECIA BORGIA**, por Franz Funck Brentano, miembro del Instituto — París, Tallandier, 1932.

Victor Hugo ha hecho por su famoso drama del nombre de Lucrecia Borgia el sinónimo de la cortesana y envenenadora. Ya antes de él se había apoderado la leyenda de la duquesa de Este, hija de Alejandro VI y hermana de César, para asociarla de cómplice tanto de los excesos del pontífice como de la crueldad del condottiere. Parece que la verdad fué otra. Los documentos auténticos absuelven a Lucrecia de los crímenes que la calumnia le imputa. Funck-Brentano se empeña en poner las cosas en su lugar. El nos muestra a la jovencita, víctima de las ambiciones paternas, comprometida dos veces en matrimonios desgraciados, que terminaron el uno con la anulación, el otro con un asesinato. Casada en terceras nupcias con el duque de Este, ella guarda la fidelidad conyugal, y ni los testigos más severos pueden decir nada en contra de su conducta. Los reproches que podría hacersele se reducen en que ella era muy voluble en sus caprichos y muy aficionada al lujo. Indiferente, ligera, fastuosa, pero de otra parte sinceramente piadosa y suave, instruida, de un criterio sólido y de un raro talento para gobernar. Cayó en descrédito por las circunstancias por la mala reputación de los suyos. Con el historiador nos atenemos al testimonio de "La Trémouille" que dijo, para explicar porqué aceptaría como esposa a la hija de César: "Ella descende de una casa en la cual nunca ha fallado la

castidad de las mujeres". Esta frase en boca de un hombre que conocía de cerca a los Borgia prevalece sobre los chismes y las diatribas de enemigos interesados.

La presentación, en cuanto a la tipografía y a los bellos grabados, es primorosa y encantará a los bibliófilos.

**LES GRANDES ACTIVITES DE LA SOCIETE DES NATIONS DEVANT LA PENSEE CHRETIENNE.** — Conférences de la troisieme Semaine catholique internationale de Geneve (Septembre 1931), Paris, Editions Spes, 1932

Las Semanas Católicas Internacionales de Ginebra que coinciden en la fecha con la Asamblea anual de la Liga de las Naciones, constituyen ya una institución permanente que ha pasado el tiempo de las pruebas. Ellas permiten dar a conocer el pensamiento católico sobre los problemas de actualidad a un numeroso público compuesto por personas para los cuales nuestras doctrinas sociales, internacionales y espirituales tienen todo el sabor de lo inédito.

Después de un prefacio de Msgr. Beaupin y una alocución muy emocionante sobre la Paz Cristiana, por Msgr. el Obispo de Lausanne, Ginebra y Friburgo, siguen las conferencias diarias de la Semana Católica Internacional de 1931.

M. Georges Renard estudia "Los fundamentos filosóficos del Derecho Internacional" a la cual aplica la teoría de la institución, fundada sobre los requisitos del bien común. La nota optimista está aquí muy particularmente acentuada. M. de Halecki traza un admirable cuadro, perfectamente objetivo y matizado del "Religioso de la Iglesia para la pacificación de los pueblos". El Rev. P. Delos, desarrolla "El Problema de las Minorías Nacionales" manifestando la conveniencia de traspasar este problema del campo político, al campo cultural y al final sugiere una exposición didáctica de los derechos y los deberes de las Minorías. El Conde Gonzague de Reynold presenta al auditorio la cuestión en la cual ya llegó a ser maestro y en la que ha prestado ya tan nobles servicios al catolicismo: "La Cooperación intelectual internacional". El R. P. von Nell Breuning discute sin ningún exceso de optimismo el destino de "Los problemas

económicos ante la Liga de las Naciones. Finalmente Msgr. Beaupin, con una documentación notablemente actual, abundante y precisa, habla de "La Sociedad de las Naciones y los problemas misionales".

Las conclusiones de la semana, leídas en la sesión de clausura, son un resumen de las experiencias de las conferencias anteriores y demuestran como los católicos saben practicar en Ginebra la política actual.

Tienen el propósito de reunirse nuevamente en 1932 con ocasión de la Asamblea para tratar del desarme moral.

**RELIGIOUS ASPECTS OF THE CONQUEST OF MEXICO, por Charles Braden, Durham, North-Carolina, 1930, Duke University Press**

"La historia no ha dejado constancia de ningún suceso más atrayente que la conquista y la conversión de los indígenas de aquellos países que hoy día se conoce bajo el nombre de: "América Latina". ¿Cuándo se consiguió que incontables masas en tan breve espacio cambiasen su fe de siglos atrás, por una nueva, recién traída de tierras lejanas?

La explicación de este fenómeno es el objetivo del libro. El Cristianismo de España en los tiempos de la conquista era profundo, pero de miras estrechas y no obstante de los empeños de Isabel la Católica y del Cardenal Cisneros de una influencia insuficiente para la transformación de las costumbres; el paganismo mexicano de su parte era cruel, aunque no carecía de rasgos elevados. Ciertas analogías exteriores facilitaron la conversión, no quedando sin influencia las tradiciones según las cuales llegarían un día al país extranjeros, enviados por Dios. Todo esto facilitaba la obra de los audaces conquistadores y forma al mismo tiempo la base de los acontecimientos. En Cortés vemos al héroe que al mismo tiempo se siente apóstol y que sólo quiere ver en la tierra, por él conquistada, un clero escogido, mientras su propia conducta contrasta abiertamente con estos ideales. De todos modos hay que recono-

cerle el mérito de haber traído a México misioneros de la orden seráfica, hombres santos y abnegados, que especialmente supieron transformar el pueblo por la educación de la juventud. Sin violencia no se lleva a cabo la transformación, pero el pueblo se somete gustosamente a los "pobres" quienes lo protegen contra los abusos de los amos españoles. Sobre las actuales condiciones dice el autor mucho de interés.

**A. C. Moule, CHRISTIANS IN CHINA BEFORE THE YEAR 1550, London 1930. Society for Promoting Christian Knowledge.**

Un libro muy instructivo sobre el Cristianismo en la China durante la Edad Media. El autor se ocupa también de la cuestión, si ya en la antigüedad hayan penetrado misioneros (Sto. Tomás) al país, pero esto no le parece probable. La primera fecha segura que existe es el año 635 —la llegada de una misión de Nestorianos. Pero alrededor del año 1000 ya no se encuentra ningún rasgo de su labor. En los siglos 12 y 13 vuelven los Nestorianos, y llegan también misioneros católicos, que trabajan con buen éxito. El autor se ocupa en particular de los puntos siguientes. El monumento de Singanfu, el "Gloria in excelsis Deo" y otros textos encontrados en Tun-huang, las cruces en Zaitun, la historia del Patriarca Nestoriano Mar Jabalaha III y de su compañero Rabban Sauma (ambos oriundos de China) que en 1287 fueron enviados por Arghun de Persia como embajadores a Roma y Francia, una comunicación sobre los cristianos de Chen-Chiang-Fu, las misiones franciscanas, etc. Los textos originales están traducidos con mucha exactitud, algunos documentos aparecen también reproducidos en chino. También hay interesantes planos de antiguas ciudades chinas y dibujos de antiguas ruinas. Especial valor le dan a este libro las interesantes y científicas anotaciones. Es una obra que merece la más amplia recomendación.

